

MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR | LITERATURA

MÓNICA
Lavín

Naufragio
entre palabras

Naufragio entre palabras



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Ivett Tinoco García
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Ivett Tinoco García
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Margarita Neyra González

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras



Universidad Autónoma
del Estado de México

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Naufragio entre palabras

MÓNICA LAVÍN

COLECCIÓN

MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR



Naufragio entre palabras

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2023

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Mónica Lavín Maroto

ISBN (colección GEM): 978-607-5910-17-8

ISBN (colección UAEMéx): 978-607-633-846-9

ISBN (GEM): 978-607-5910-34-5

ISBN (UAEMéx): 978-607-633-859-9

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/50/23

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez
Diagramación y formación: Renata Alejandra Martínez Lechuga
Diseño de portada: J. Daniel Pichardo Vargas
Cuidado de la edición: Adso E. Gutiérrez Espinoza y Grecia Yisel Millán Herrera

Hecho en México / *Made in Mexico*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Parte I
De la lectura a la escritura

Cuando fui náufrago

Fue mi prima quien detectó lo amarillo de mis ojos; no sé por qué si ella sólo tenía diez años, le dijo a mi madre que yo tenía hepatitis. Y acertó, los análisis de sangre revelaron el nivel de transaminasas que me llevaron a la cama dos meses a mis nueve años. Tenían que lavar mis sábanas y mi pijama por separado, igual que los platos y cubiertos con los que comía. Desde la puerta de la habitación, mi hermana me contaba cómo le había ido en la escuela. Me traía noticias del mundo y la televisión me entretenía por las tardes, cuando a las 3:30 comenzaba la programación del Canal 5. Pero la verdad me aburría. Me aburría mucho. Me gustaría hurgar en mis pensamientos de entonces, pero todo lo que poseo ahora es la sensación de tiempo lento y lo que sucedió después de que abrí aquel libro. No es que no hubiera leído antes, los libros de Celia, escritos por Elena Fortún, una escritora refugiada después de la Guerra civil española, como la familia de mi madre, me habían dado (y me seguían dando) la compañía de una niña que de alguna manera tenía que ver conmigo. El paquete de libros, editado por Aguilar, llegó a casa cuando yo cumplí siete años, los mismos que tiene Celia en el primer volumen de la serie. Celia crecía conmigo y hacía ese puente entre mares del DF a Madrid, donde había nacido mi madre y desde donde los libros llegaban a casa, primero para ella cuando era niña y ahora para mi hermana y para mí. Los libros acercaban lo lejano y yo me sentía cómoda con esa niña que crecía en el barrio de Salamanca, se asombraba con todo, era muy graciosa, me hacía reír y hablaba como mi

abuela. Tanta familiaridad, me arropaba pero aún no descubría el poder de los libros.

Fue cuando abrí aquel libro de otro espesor, regalo de la tía Lucy durante la enfermedad, que ocurrió la revelación. El nombre me pareció poco atractivo: *Robinson Crusoe*, y luego un muchacho con un itacate al hombro. El dibujo daba una sensación de aventura, así que sin más qué hacer en aquellas largas mañanas de octubre leí las primeras páginas. Antes de lo que imaginaba el libro me había tragado. Tenía sed, y aprendí a tomar el rocío atrapado en las hojas, y tenía ganas de que me salvaran y veía un barco a lo lejos y hacía señales de humo —cuando aprendí a hacer fuego, que me tardé un rato— y luego noté que era insoporable estar solo y cuando encontré a Viernes que no entendía mi idioma sentí alivio, un alivio enorme. En esos días mi cama se volvió una isla y yo dejé de ser una niña de ciudad con hepatitis. Y pensé que también extrañaba a mis amigas, que estaba tan sola como Robinson en aquel espacio rectangular. Sí, los amigos importaban y estar solo era lo más difícil para Robinson y para mí. El naufragio y yo teníamos que ver.

Por eso ahora sé que los libros salvan del naufragio porque la sencillez de su forma es engañosa: son salvoconductos a otros mundos y situaciones y también a ti mismo. Te llevan lejos y te hacen mirar hacia adentro. Aventurarme a abrir la tentadora tapa de un libro, me llevó al deseo de seguirlo haciendo, de querer saber qué me iba a pasar a mí en ese mundo de palabras desconocido. Los cómics eran el recreo, la posibilidad de que se hicieran cofradías de lectura cuando pasábamos *Superman* o *Archie* de mano en mano, así eran las vacaciones y los fines de semana en que nos veíamos con los primos que eran más bien los hijos de los amigos de mis padres. El libro, en cambio, era la lectura privada, el *tête à tête* con aquellas palabras que sólo me hablaban a mí. No las quería compartir, me daban una fuerza extraña, la de conocer algo, y haber vivido algo que los demás no.

En la secundaria fue diferente, el libro era una manera de relacionarme con quien me gustaba, así leí *El hombre ilustrado* de Ray Bradbury y las posibilidades del cuento me fascinaron: la magia de la narración breve. Y luego leería más allá de las lecturas escolares, que en una escuela bilingüe me acercaron a Mark Twain, Evelyn Waugh, Arthur Koestler, Graham Greene, Joseph Conrad, el *Macbeth* de Shakespeare, *Zen y el arte de mantener una motocicleta*, que si no fuera por aquel chico que tenía una motocicleta y que hablaba de ese libro, no hubiera elegido. Necesitaba una conversación que derivó en un largo noviazgo. Los libros tienen lo suyo. Y los profesores que comunican la pasión lectora también. Un día el profesor de Ética, ignoro la razón o la conexión con el tema de la clase, nos contó el despertar de Gregorio Samsa convertido en aquel insecto que no podía darse la vuelta; conforme la historia avanzaba yo veía la manzana incrustada en el caparazón del maestro, que colorado y vehemente, se había convertido en el protagonista. Esa tarde llegué a leer *La metamorfosis* de Kafka, que estaba en el librero de mis padres.

Después llegó la emoción lectora de los autores del boom que me hacían sentir, mientras la quena sonaba en las peñas y las consignas políticas sembraban utopías, que el español era el mejor idioma para contarnos a nosotros mismos, para que regurgitáramos conejitos o que nos eleváramos con las sábanas, o que deseáramos vengarnos a lo Emma Zunz. Entonces descubrí que los escritores no estaban muertos, que eran de este mundo, aunque no lo eran, y con el asombro llegó la sensación de familiaridad, de puente y de pertenencia que ya la Celia de Elena Fortún había despertado y que los libros seguían confirmando.

Escribir mentiras

Confeccionar mundos de palabras para construir una realidad que surge en el acto de la lectura es crear una vida paralela. Escribir es abrirle un boquete a la circunstancia para atiborrarla de palabras que den la ilusión de realidad. La ficción es arte del engaño para mirar mejor. Y los que escribimos cuentos y novelas nos tenemos que adiestrar en ese convencimiento palabrero donde somos los primeros en rendirnos al tejido de nuestra imaginación.

Me gusta escuchar a los deportistas cuando hablan de entrenar. Esa disciplinada repetición de movimientos que crea destreza y aptitud para algún desempeño. De alguna manera los escritores cada vez que escribimos estamos entrenando. Pero también cuando leemos y nos volvemos cómplices de las decisiones del escritor, cuando nos llenamos la bolsa de los asombros por dar forma a la mirada y crear un efecto. Como lectores queremos espiar el truco, el entrenamiento detrás de logro. Si bien no hay fórmulas para la escritura, hay premisas compartidas, brújulas para la propia escritura. Una de ellas es que no hay que explicar sino mostrar. El artificio verbal exige que se haga sentir lo que sucede no señalarlo, si se quiere convencer. Hace poco releía un cuento de Chinua Achebe, el autor nigeriano que colocó la escritura anglófona africana en la escena literaria mundial en los años sesenta: *Nene de azúcar*. Además de gozar el humor con que capotea la tragedia, agradecí la lección detrás de una frase. Resulta que a Cletus la carencia de azúcar durante la guerra civil lo llevó a conductas desbordadas, como perder a la mujer que

amaba por unos terrones de azúcar. El amigo de Cletus, que refiere la historia, observa a su amigo victorioso arrojar terrones de azúcar por la ventana, ahora que los puede tener, y describe su rostro de esta manera: “pero al hacerlo su cuadrada mandíbula parecía firmemente compactada, luego se disolvería en la suave infusión de una vaga sonrisa”. Con esa frase nos coloca frente a esos terrones compactos que se deslíen en la taza de té inglés.

Los escritores que admiramos crean atmósferas anímicas a través de imágenes poderosas como cuando Cary Kerner en el cuento maravilloso recogido por Edmundo Valadés, *Olaf oye tocar a Rachmaninoff* nos hace mirar cómo el marinero, que jamás ha ido a un concierto de piano, se ha apropiado de la música:

Y todo el tiempo uno podía oír dos tonadas tan claro, como el agudo graznido de una gaviota contra el mar encrespado. Y de repente alzó las manos y los detuvo en el aire. ¡Por Dios que uno podía oír la melodía escurriendo de sus dedos en alto!

Por eso Mercé Rodoreda, en su espléndido prólogo a la novela *Espejo roto*, comparte esa batalla por mostrar y no explicar.

[...]No he de decir a lector que Colometa está desesperada sino que he de hacerle sentir que lo está. Y para que lector vea la desesperación de Colometa me veo obligada a escribir: “Y fue aquel día cuando me dije que se había acabado. Palomas, vezas, abrevaderos, comederos, incubadoras, palomar y escalera de albañil, ¡todo a paseo! Esparto, bola de azufre, buche, ojitos rojos y patas rojas, ¡todo a paseo![...]”.

Tomo nota para el entrenamiento y la batalla de crear una ilusión de realidad que cale hondo desde el artificio de palabras hilvanadas.

La luz del desierto

Aunque soy de Ciudad de México y la amo con todos los arrebatos de ira y placer que eso supone, el desierto es el paisaje que me incumbe. No es que aparezca en mis escritos constantemente aunque sí está, por lo que a la luz de sus atardeceres verdes significó abandonar la biología y decidirme por el incierto camino de la escritura. Fue entre gobernadoras y mamilarias, desde lo alto de una hondonada donde se contemplaba la Reserva de la Biósfera del Bolsón de Mapimí, que asumí el camino. Ahora que lo recuerdo en escrito, pienso en su sentido ritual. La luz ocupaba el espacio a nuestro alrededor y los periodistas de otros países, con quienes me comunicaba en inglés y a quien me había sido encomendado atender, hacían preguntas. Yo respondía, después empecé a hacer preguntas. A hacerles preguntas. Eran periodistas de ciencia, especialización que aún no existía en México. Después de explicarles que algunos investigadores estudiaban comunidades de matorrales xerófitos, contenido estomacal de la tortuga del desierto y modelos de movimientos de las dunas de arena, confesé que yo era bióloga pero que escribía también. Que me había torturado siempre el decidirme por uno u otro camino porque la ciencia también me fascinaba. Una de ellas, Pat Orvis, soltó la pregunta clave. ¿De qué te arrepentirías de no haber hecho cuando tengas cuarenta años? No sé si ella sabía lo que decía, porque es una manera un tanto especulativa de asumir el futuro, y por demás ambigua. Pero sirvió. Tal vez porque mientras había estado explicando lo que hacían mis colegas, y el dilema de las tortugas en extinción y cómo analizaban lo que

comían en aquella zona, me fui desentendiendo de ello y acomodándome en lo que siempre me ha gustado: preguntar. Tal vez esa era la flama de mi inclinación por la ciencia. La curiosidad. Y yo no sólo quería preguntarme sobre un tema, como suelen hacer los científicos, no todos. Quería preguntar por todo. Y apuntar. Entonces era la libreta el soporte para recoger la información. Yo quería ser como ellos, estar del lado de las preguntas por aquí y por allá. Desde siempre me habían fascinado las libretas y las máquinas de escribir, desde adolescente había llenado cuadernos con historias, mientras estudiaba biología iba a talleres con Mempo Giardinelli. “Te tienes que creer escritora”, me decía. Ya antes de entrar a trabajar como bióloga mi padre había dicho, “ponte a escribir, yo te beco”. No tuve la visión de reconocer que ésa era una oportunidad, intenté ser la heroína de mis días y me fui de casa, encontré un trabajo y no tuve respiro para la escritura.

Al regreso de aquel viaje, lo decidí. Renuncié al Instituto de Ecología, a la beca con la que haría mi maestría en Montpellier, y vería cómo resolver mis días, en ese deseo de ser escritora y publicar mi primer libro de cuentos. Encontré un trabajo que mezclaba mi formación y mi deseo. Una revista para niños que se llamaba *Chispa*, escribía también para *Ciencia y desarrollo*, daba talleres de ecología, escribí un libro de cuentos producto de talleres en los ecosistemas de México. Había empezado la mudanza y me era grato vivir de esas dos aguas. Después, ya casada con un músico, que era la mejor comparsa para mi dedicación a la escritura y mis resquicios de culpa por haber dejado la ciencia y un camino seguro, y con el nacimiento de mi primera hija decidí que si era hija de comerciantes y fabricantes de artículos de piel, me dedicaría a atender una de sus tiendas. Al fin y al cabo, lo había hecho todas las navidades desde los doce años. Pensaba que así podría tener tiempo para escribir. Así que me dividía entre la atención a la recién nacida, la atención a la tienda y las

correcciones del primer libro de cuentos que publiqué poco después de que Emilia naciera.

Entonces supe que de eso se trataba, de seguir siendo la heroína de mis días e intentar mantener el equilibrio: pareja, familia, trabajo, escritura. Y casi lo estaba logrando cuando mis padres dijeron, nos vamos a España, y yo abanderada dije yo me encargo de todo, taller, tiendas y encima les mando dinero para que vivan a gusto por allá. Ilusa de mí, pensé que vivir como dueña de negocio permitiría la escritura. Fue un caos, con mi conciencia de izquierda y de hija de dueño, les subí el suelo a los empleados, les di permiso cuando lo pidieron creyendo en su necesidad, se murió una empleada, el dinero no alcanzaba, o se pagaban impuestos o se compraba más piel para tener qué vender. Se me dormían los dedos en la noche por angustia, “no pierdas el crédito de los proveedores”, recordaba la voz de mi padre. Y no lo perdí, lo que perdí fue la serenidad, el estado mental para pensar cuentos, el tiempo para la escritura. En cuanto una amiga me propuso trabajar en una editorial diseñando talleres de escritura y lectura alrededor del Quijote, vi la luz. Cuando con dificultad comuniqué la noticia a mi padre, dolido me dijo que perdería privilegios siendo empleada, pero no me importó. Yo no servía para administrar, gocé inventar esos talleres y la compañía del equipo de trabajo, hasta que se acabó y pensando de nuevo en la libertad del negocio propio, con una amiga echamos a andar una marca de ropa Azafrán. Los modelitos nos quedaban bien y teníamos equipo de costureras y cargábamos hijas de acá para allá. Pero éramos malas vendedoras y el gusto no duró más. Comprendí que lo mío era trabajar con la escritura, sobre todo cuando Andrés Ruiz, que me conocía como colaboradora de *El Universal* donde Paco Ignacio Taibo, padre, me abrió generosamente las puertas para escribir semanalmente, me recomendó para ocupar su lugar en *Memoria de papel*. Uno de los trabajos más gozosos, hacíamos crónicas extensas, en un espacio grato entre calle y oficina y nos

pagaban un sueldo. Mis compañeros eran escritores. A partir de allí asumí que, palabras más, palabras menos, en impreso o en radio o en tele, así me iba a ganar la vida. A hacer guiones para Canal Once, a co-conducir un programa de radio sobre ciencia, a ser la jefa del departamento editorial de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), a ser editora de un sitio en internet para puertos marinos, a colaborar aquí y allá, le fui agregando los talleres de narrativa y más tarde el curso de cuento que daba en la escuela de la Sociedad General de Escritores de México (Sogem) y luego ser profesora en la licenciatura de creación literaria de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). De todo un poco y todo a salto de mata hasta que entré a la universidad y pensando, aún, que me gusta más el salto de mata aunque dé más dolores de estómago.

También he podido comprobar que se escribe con y a pesar de todo, menos con los dedos dormidos del negocio personal, que se necesita el ocio y la disciplina, que se necesita acorralar el tiempo que la vida no te brinda en bandeja y que tú destinas para el trabajo al que tampoco nadie te obliga: la escritura. Si gocé ser editora para Puertos marinos mexicanos es porque viajaba a los puertos y entraba a las zonas vedadas para el ciudadano común y escribía crónicas y salían cuentos. Si gocé ser periodista de gastronomía fue porque viajé en tren a través de Canadá y de allí surgió una novela. Si disfruté la radio, que al principio me imponía y que me provocaba mucho apetito después de cada transmisión, es porque me dejaba mucho tiempo libre. Si acabé harta del trabajo como editora universitaria es porque las grillas y el sindicato acabaron conmigo. Si a veces cuestiono mi trabajo en la universidad es porque la vida académica como tal no me interesa (por algo dejé la Biología), aunque contagiar la pasión por la escritura y acompañar vocaciones de escritores me da placer. Me gusta en cambio, como en la escritura de las novelas, el vértigo y la adrenalina de los proyectos que empiezan y acaban. Me gusta

proponer ideas y echarlas a andar, me gusta viajar y la libertad de escribir donde sea. Cuando me quedé sin empleo, que fueron numerosas veces, había un acicate para escribir, el concurso tal, y entonces acababa una novela aunque no ganara. Si el trabajo para ganarme la vida era extenuante, la cabeza perdía la posibilidad de divagar tan necesaria en el todos los días de un escritor.

El sistema de estímulos del Estado cambió mi panorama cuando después de solicitarla repetidas veces la obtuve por primera vez, con hijas a mi cargo hacía falta más que el apoyo para sobrevivir y escribir, pero fue de gran ayuda en su momento y ahora podría ser esencial para barrer otros compromisos de la puerta de la sobrevivencia. Cuando ha caído trabajo no le he dicho que no a salir en la televisión, a aprender a ser editora, a hablar de ciencia en la radio, todo ha abonado para un aprendizaje, para estar en diferentes circunstancias.

El todos los días de la escritura ha variado según el crecimiento de mis hijas, si cuando eran niñas la mañana era mi mejor momento, ahora que son adultas por su cuenta, aunque las mañanas es cuando más lúcida estoy, el día se puede distribuir en función de otras cargas de trabajo y no de los ruidos cotidianos de la casa, lo cual tiene sus pros y sus contras.

Los retiros literarios

Estuve en Yaddo, una colonia centenaria de las artes en el estado de Nueva York. Ha sido el retiro para la escritura y la posibilidad de resolverlo económicamente para escritores como Truman Capote, Patricia Highsmith, Flannery O'Connor y John Cheever, que pasaba largas temporadas intercambiando algún trabajo (manejaba la lancha en el lago) para extender la estancia máxima que era de siete semanas. Yaddo permitió que escritores como Philip Roth, Carson McCullers y Sylvia Plath, se olvidaran de sus obligaciones económicas y domésticas para dedicarse a escribir. De Yaddo salieron muchas de las novelas clásicas de la literatura estadounidense. Comprendí que esa válvula de escape ha sido siempre necesaria para escritores que trabajan como profesores, como periodistas, como cualquier cosa y que necesitan concentrarse en la escritura. Para mí fue una oportunidad de oro. Ya lo había sido Banff diez años atrás, luego alguna que otra semana que pude irme a una casa prestada lejos del DF, pero Yaddo fue jauja, una necesidad ya para mi escritura. Tal vez un estado que hay que fabricarse apartado del mundo donde lo que más importe sea ese mundo de palabras que nos requiere de tiempo completo. Y que es bueno poderse dar un rato. La vida no permite que sea ese el estado permanente y además se necesita el resto de la vida. Pero no los demasiados compromisos.

Decía Virginia Woolf que se escribe a pesar de todo, de que llegue el plomero, de que se descomponga algo, de que haya que ver qué hay en el refrigerador de que hablen del banco... es cierto, se escribe a pesar de todo pero hay mejores condiciones para

ello, y hay que buscarlas en la medida de lo posible y según cada quien. Pienso en las mujeres fundamentales para la literatura en inglés: las Brönte, Jane Austen, Virginia Woolf, Katherine Mansfield, Flannery O'Connor, Carson McCullers... no tuvieron hijos. No que me parezca mejor, para nada, sólo sé que sus días y su trabajo como escritoras tuvo más aire. Y que *Una habitación propia* de Woolf se pudo conseguir con más tranquilidad. Es cierto, se escribe a pesar de todo y el dinero siempre apremia, Dostoievski dictó *El jugador* a su secretaria apremiado por las deudas (se había gastado el anticipo de...) y luego se casó con ella. No cualquiera dicta una novela. Balzac vivía endeudado y escribía, Conrad igual, Flaubert tenía el sostén familiar igual que Proust. A veces pienso que el más sabio fue Faulkner cuando dijo que un escritor tenía que tener un trabajo que no le robara mucho de su intelecto, como cuando él administró un hotel en..., porque incluso Hemingway siendo corresponsal del Toronto Star en París, optó por dedicarse a escribir los cuentos que lo hicieron el gran papa. Es difícil ser héroes de nuestra profesión, abandonar todo por ello. Álvaro Mutis siempre trabajó en una empresa y ello no le impidió la escritura, Fuentes se las arregló para vivir de conferencias y colaboraciones internacionales y tuvo una mujer que sostuvo la vida cotidiana para que él escribiera de ocho a dos en su estudio todos los días. Hay de arreglos a arreglos. Tiempo, espacio, concentración y dinero para comer. No está fácil la ecuación, pero andando andando uno se las arregla. ¿Quién dijo que era fácil?

Gambusinos

Escribo en The Hermitage en el cayo de Manasota en Florida, un pequeño enclave que mantiene el condado de Sarasota y donadores particulares, donde uno puede ser invitado a escribir, pintar y componer música. La casa es de 1907 y fue literalmente reconstruida de escombros. Me ha tocado compartir el espacio con el escritor sudafricano Tony Eprile, con el que fuera fotógrafo de Michael Jackson, Todd Gray, y la poeta Barbara Ras, entre otros. Aquí se pierde la noción del día de la semana... el domingo no tiene un atributo diferente. Como es una zona de retirados, y es difícil toparse con algún joven, hay gente en la playa todos los días.

Por la mañana, casi con la salida del sol, me preparo un café y miro desde mi buhardilla por la ventana que da al mar. Me pregunto por qué habría alguien de escoger la noche en este lugar para trabajar, si después de la sorpresa de las estrellas la oscuridad es una constante. En cambio, los dos extremos del día son la danza de la luz, la sorpresa siempre. Uno no puede resistir contemplarlos. Porque en la ciudad es apenas un fragmento de cielo el que vemos por las ventanas o sobre nuestras cabezas. Aquí es para mí todo el cielo y la inmensidad del Golfo de México. El sol sale por el manglar y se acuesta en el horizonte. En esa hora temprana el cielo es rosa tierno y los pelícanos reposan sobre el agua, alguna que otra gaviota vuela y el sol nuevo le da en el pecho iluminándola de manera particular. ¿Será gaviota? Aquí hay libros de aves para que uno resuelva sus dudas, pues es muy placentero nombrar. Identificar. En esos amaneceres vi

a un hombre con audífonos amarillos y un aparato que iba tanteando la arena, como si la auscultara. ¿Qué imagina que hay bajo la superficie? El hombre se parece a esas garzas blancas de patas amarillas que también están en la orilla.

“Estás en un lugar para sentir”, dice mi hija María. Es verdad. Hundo los pies en la arena desde mi silla de plástico blanco y bebo café mientras amanece. El asombro me ocupa. Aquí uno es testigo de la vida de forma más directa, me refiero a las águilas pescadoras, que esperan sobre una rama, coronadas de blancas plumas con esa altivez de emperadores. Más tarde se les ve con el pez entre las garras volar a la rama donde lo devorarán. O los manatíes que respiran como personas, fatigosos de su enorme cuerpo al que alimentan sólo con vegetales en el manglar. Todo es encontrar la comida para seguir vivo, para reproducirse y dejar huella de la especie, y entre esa algarabía de vida —los cangrejos en la playa, la tortuga que cruza el jardín, las huellas de algún mamífero que anduvo entre el manglar, las garzas azules que picotean un pez, lo sueltan en las olas, lo toman de nuevo y cuando están seguras de su muerte lo engullen en un sólo movimiento (lo he visto sin poder comprender que el pez entero pueda pasar por su cuello esbelto)— también la muerte ocurre. Una zarigüeya de un blanco lavado en la playa, una garza a la que sólo se le adivina la cresta que pavoneaba como tiara de reina. Nosotros los hombres y las mujeres, que también cumplimos nuestro ciclo biológico, tenemos la capacidad de soñar. Por eso me enternecen estos viejos niño que ya no hacen castillos de arena, pero traen unas grandes palas con colador para que se filtre el agua y encuentren algo. Lo que sea. Buscan tesoros, dientes negros de tiburones o conchas o hasta algún metal precioso. Quieren sorprenderse. Algunos pescan, no por hambre sino también por toparse con algo, por robarle un secreto al mar. Eso hacemos todos.

Yo necesito remontar la puntualidad del ciclo de vida para sorprenderme con nuestros gestos de dulzura o desesperación,

con nuestra capacidad de amistad, de risa, de amor, de cobijo, de inventar. Del asombro y el deseo de compartirlo. A lo mejor eso es lo que estamos haciendo cuando escribimos (cuando leemos), hundir la pluma en la arena para desenterrar tesoros, para ser niños otra vez y encontrar lo inesperado, para hacer mundos de palabras, permanentes, efímeros, qué más da. No sabemos hacer otra cosa, somos gambusinos.

Escritura y geografía

Siempre me ha gustado la geografía, el mundo de lo concreto. Lo que puedes reconocer en el globo terráqueo, que tiene contornos en un mapa, que responde a grados de latitud y longitud en una cuadrícula impuesta. En la geografía física la ubicación es posible. Cuando escribimos ficción, los escritores tenemos varios oficios simultáneos: somos arquitectos, decoradores de interiores, psicólogos, filósofos en el mejor de los casos, vestuaristas, lingüistas, mineros en busca de palabras, compositores que buscamos la cadencias de la prosa y, sobre todo, magos. Ahí donde no hay nada se funda un mundo de palabras que debe persuadir de su existencia. La geografía viene a cuento porque un libro escrito y publicado ocupa un espacio medible; sea virtual en megabytes, sea físico en centímetros cúbicos. La esquizofrenia del acto de escribir ocurre, pues, mientras vivimos nuestra vida de persona con nombre y apellido, rol en la familia, emociones, movimientos en la localidad, afecciones de salud, manías, secretos, entre otros, somos la voz que narra la historia, un ente de palabras con un tono y un ritmo. Y cada uno de los personajes que habitan el mundo de palabras.

La esquizofrenia también se da en esa transformación de la geografía espacial a la que añadimos el libro recién publicado que, separado ya del proceso íntimo de la escritura, tiene un nombre, es un nuevo país, un referente adicional, una isla en el archipiélago literario. Y mientras lo vemos partir y aún hacemos honores a su identidad hablando de él en entrevistas y acompañándolo en presentaciones, reconocemos su independencia:

su autonomía. Hará con los lectores lo que ellos permitan. Vivimos nuestro espacio real, el que ocupan nuestros libros (el que contienen como ficciones persuasivas) y el que surgirá. Y así andando las piedras del río que son los libros publicados en la corriente de la incertidumbre, la escritora-el escritor encaramos de nuevo la vocación fundacional. Las ideas iniciales son moléculas que formarán un caldo primigenio que requerirá una descarga de energía para que surja la vida. La ilusión de vida que los escritores producimos no se reproduce, como es propio de lo vivo. Quizás lo escrito se asemeja más al virus porque requiere del lector para que la ínsula de palabras tenga sentido. El lector es el contagiador que propaga el deseo por la lectura de un libro.

Pero estoy saltando de la geografía a la biología, cuando lo que quiero decir sobre la esquizofrenia gozosa e incierta de la escritura es que una vez alterada la geografía física del archivo virtual, escritorio, librerías, estanterías, bibliotecas y bodegas, uno sigue fundando mundos sin saber cuándo serán islas autónomas que, ya nombradas, ocupen su espacio. Ése que todavía no es territorio es gelatinoso, se puede escurrir entre los dedos, irse a pique, ser un *wannabe*. Así que, estimado lector, cuando tenga un libro entre sus manos considere que usted está participando de esa geografía literaria que también ocupa un lugar intangible en su ánimo y deseablemente en su memoria, como lo que pasa con el viajero cuando visita una referencia turística que muda a una experiencia. Si la experiencia lo amerita, además de regalar su intimidad lectora, quizás quiera compartirla. Así, tal vez los escritores estaremos menos solos frente al mapa de nuestros escritos.

Imaginar

Algunas veces camino en los Viveros de Coyoacán, ese oasis que le debemos a Miguel Ángel de Quevedo, además de la introducción de una especie que ataja vientos como la casuarina que plantaron en los médanos de Veracruz. El apóstol del árbol (me encantan los epítetos que usamos los mexicanos) y la caminante del oasis urbano (para estar a la altura) coincidimos en ese espacio de callejas de tierra y hojas, de tezontle y humus, flanqueadas por árboles diversos que son paraíso exclusivo de una variedad asombrosa de ardillas. No voy a esgrimir aquí los argumentos (que alguna vez molestaron a los lectores, para mi asombro un tema más sensible que la violencia entre los humanos) que las definen como una plaga que los escasos halcones no son capaces de controlar, en ese magnífico equilibrio que logran las redes alimenticias. Simplemente comparto lo que una caminata puede producir, pues literalmente el cerebro anda a sus anchas: una reflexión provocada por el pelaje que ondula en grises o negros, por la velocidad de las uñas de los roedores trepando los árboles, por sus pisadas en la hojarasca y sobre todo por la silueta alargada del hombre de las gafas oscuras.

Me explico: voy por una de las callejas internas con nombre de planta, no sé si liquidámbar o acacias, y lo descubro a lo lejos. Lleva el mismo traje *beige*, el saco es largo porque él es muy alto y un tanto desajustado en su andar. El rostro lo esconde tras las gafas oscuras de siempre. Resalta en este paraje de salud física porque él va así de atildado y los zapatos son de piel, seguramente recogerán la tierra que será preciso limpiar más tarde. ¿Sale a

pasear entre las horas laborales? Pero es muy temprano. ¿Por qué coincidimos a la misma hora? Mi imaginación ha comenzado a funcionar. El hombre de las gafas oscuras me lleva a pensar en aquello que distingue a nuestra especie de las ardillas. La imaginación. Somos capaces de sospechar, ver otras cosas, idear pasados, conjeturar historias. No tendríamos visión de futuro sin imaginación. Tampoco memoria, tampoco trabajaríamos creativamente, en cualquier área.

Pero aquí el asunto de la imaginación es más grave, pues este hombre pertenece a un cuento mío que lleva por título: *El hombre de las gafas oscuras*. Claro que el germen de ese cuento perturbador surgió en otro parque cerca del Convento de Churubusco. Misma sensación de personaje fuera de lugar, gafas oscuras para una hora del día en que el sol no molesta, mismo traje incluso. Y sospecho que idéntico tinte del pelo, pues parece detenido en el tiempo. Entonces empiezo a imaginar que me ha leído (observen el tamaño de la vanidad) y que ha decidido apersonarse. Quizás para reclamarme que le he dado un giro perverso a su paseo habitual, quizás para demostrarme que la realidad es inclemente y que somete a la ficción, que el mundo imaginado puede diplomarse de un puñetazo (pero todo esto lo estoy imaginando). Lo peor es que seguramente piensa que la perversa soy yo y que va a cumplir con la conducta que le atribuyo en el desenlace de ese cuento: la puerta de una casa se abre para conducir a la mujer que lo ha estado siguiendo, obsesionada, por saber quién es este sujeto tan desacomodado en el espacio.

Dicen los estudiosos que no sólo la corteza cerebral nos distingue evolutivamente de otras especies, sino dentro de ella muchas operaciones complejas como la de imaginar, que se ha tratado de descifrar en un mapeo cerebral de diversas sinapsis neuronales. Me alegro de poseer esa capacidad y compartirla con mis semejantes (o mis diferentes). De que el sentido del humor se derive de ello. Pero no sé qué haría si las ardillas imaginaran y

sospecharan lo que les temo, el alcance de su poder. Tampoco sé qué hacer con respecto al hombre de las gafas, si cambiar de hora mi caminata, de veredas, de parque, porque sólo de imaginar que aún así me toparé de nuevo con el personaje encarnado, me aterro. Desconozco las consecuencias de la imaginación.

¿A usted le pasó esto?

Me ha tocado estar en escuelas frente a chicos de secundaria que han leído alguno de mis libros (lo cual es una experiencia refrescante) y muchas de las preguntas giran alrededor de “¿A usted le pasó esto?”, “¿fulanito existió?”, “¿esto es real?”. Escribo realismo en su mayor parte, uno que otro cuento se ha colado reclamando su posibilidad de existir en un mundo con otras reglas (que se me antoja visitar más en tiempos de abrumadora carga de información...), pero no pretendo documentar la realidad. Me cuesta trabajo contestarles con precisión, algunas cosas están basadas en experiencias personales, asuntos que me han motivado a hacer las preguntas que me contesto con la escritura; les cuento que en *La más faulera* (que para mi sorpresa siguen leyendo las generaciones post-milenial) pretendía responderme qué hubiera pasado si entro al baño del gimnasio donde estaban esperando para golpearme después de que le tiré un diente (sin querer, aunque no me crean) a la contrincante, saltando en un dos en la cancha de básquet. Sí, “yo era la más faulera”, les tengo que contestar, pero después la cosa se complica, que si existió Manuel el bato, “pues había varios norteños que jugaban, pero yo no soy Andrea ni su familia es la mía, ni lo que allí cuento me ocurrió en la secundaria, fue en la universidad, oigan se trata de imaginar”. Pero no los dejo satisfechos, me quieren rastrear a mí, quizás entender el proceso que hace de la vida privada, de la experiencia personal, un libro que navega solo. De la mujer de carne y hueso a la mujer de palabras. Entonces definiendo el papel de la imaginación, ese artillugio que de niños tenemos a flor de

piel, que esgrimimos para relacionarnos con el mundo jugando, dibujando, con lecturas, en canciones, “aserrín aserrán [...] se le atoró un hueso en el pescuezo”, y los niños pequeños se ríen. Entonces, les cuento que los libros son para ser y vivir más de lo que podemos y somos, que nos multiplican, nos dan más vidas que un gato. Y vuelvo a mi *Robinson Crusoe*, esa novela que me tomó para sí en mi cama de nueve años y me mostró, en aquellos meses de hepatitis, que yo era un náufrago y tenía sed, hambre, deseo de ser salvada y tener amigos. Imaginarme el naufragio era posible gracias a que un escritor había usado las palabras para persuadirme de una realidad que, aunque no era la mía, se volvía mía. ¿Qué tan real era? ¿Le había pasado eso a Daniel Defoe? Entonces ni siquiera me preguntaba de dónde salían las historias. He leído que tal vez el náufrago o alguien le contó su historia en alguno de sus encarcelamientos como periodista. Es cierto, de algún lado sale aquello que nos inquieta y que queremos vivir en palabras, indagar, explorar y darle una altura estética. Seguramente si Defoe viviera, yo querría saber si él había sido el náufrago, y seguramente él diría (aunque los escritores somos mentirosos) que estaba basada en lo que le ocurrió al marinero Alexander Selkirk, que pasó cuatro años en una isla del archipiélago Juan Fernández en Chile, pero que el hambre, la sed, el miedo, el paisaje, el ansia de supervivencia, la felicidad de la amistad, todo ello, era imaginado. Porque la imaginación es poderosa y es real; es ese abrevadero inacabable que nos permite leer y escribir y hacer la vida más llevadera.

En tiempos de hiperdocumentación de la realidad, donde inclusive la llamada autoficción, en que el autor está presente en su texto y hace alarde de la realidad “real” y la difusa línea entre la experiencia de vida y el artificio llamado novela, la imaginación está reclamando su papel en la cancha. No hay que dejarla fuera.

Nombrar

Esta vez sí me ando por las ramas, deliberadamente. Esta vez sí les quiero dorar la píldora porque me duele ver las imágenes de civiles heridos en la invasión de Ucrania. Tengo que dar la vuelta a la hoja del periódico ante la foto de un niño herido en el hospital. Cuando ha muerto más de un centenar de pequeños y pierden casa, padres, país, algunos legisladores que NO me representan se declaran amigos del gobierno del país invasor. No hay palabras que justifiquen esto y no entiendo por qué algunos las encuentran. El desencuentro es la norma en nuestros días, en México, por eso quiero un poco de luz. La primavera la merece. La luz reverbera, el día se alarga desparpajado como presagio del verano que en el centro y sur del país es pródigo en lluvias y tempestades. Pero la primavera es apacible, floral. Ciudad de México presume las jacarandas que no sólo son cielo de flores moradas, sino tapetes para enrebozarnos de pies a cabeza en el singular color de la leguminosa, que siendo extranjera se naturalizó sin papeleo. Año con año se repite el ciclo por encima de las turbulencias políticas, mediáticas, de salud, económicas, de guerra y exilio forzado. La primavera nos recuerda que un marzo comenzó la pandemia y un marzo nuevamente abrimos las puertas con sigilo, nos acercamos, y contemplamos con arrobo agradecido el espectáculo floral.

Si me hubiese sido dado escoger mi nombre al nacer entre los de origen vegetal no me hubiera ido por la Rosa, porque siempre guarda un misterio inalcanzable, tampoco por la Hortensia porque algo tiene de azul melancolía. De la Margarita, no me

gusta su inclinación a ser deshojada. Violeta me parece ojerosa, Dalia demasiado patriótica, Huele de noche prometería placeres, pero se presta para toda clase de burlas y no está en el calendario onomástico, Jacinta es demasiado personaje de Galdós y Lila, trágica como la ópera de Carmen. Lirio es inalcanzable con su altiva pureza, Iris es nombre ambiguo como la mirada. No sería Amapola porque no quiero que se maten por mí. Mejor Azucena aunque lleva una carga de intachable. Llamarme Flor o Xóchitl podría englobar el catálogo de las angiospermas, pero sin detalle y especificidad, y quién quiere eso. Hubiera escogido Jacaranda, porque me habría sido conferida la capacidad de asombrar a los demás, de irrumpir con una belleza súbita pero no permanente, porque junto a mí se requeriría la paciencia para verme iluminar la bóveda y el camino, porque tendría un mes del año para mí, porque eso de estar por los cielos y los suelos me volvería soñadora y terrenal. Porque conmigo iría la alegría que necesita de la ausencia para celebrar mi renovada aparición. Jacaranda me haría personaje. Pero me gusta mi nombre, que quiere decir “la que ama a la soledad”. Tal vez es un buen nombre para ser escritora y asombrarme año con año del prodigio de la floración primaveral de este árbol que inunda Ciudad de México. Me he enterado que en algunas funerarias puedes escoger anticipadamente en qué árbol te quieres convertir, imagino que pueden mezclar tus cenizas con la semilla y la tierra. Me parece una imaginativa forma de permanecer. Pero por fortuna sigo en el lado de la vida.

Van mis deseos florales, la luz primaveral, para quienes padecen la guerra y el exilio en el mundo.

Al mismo tiempo

Un periódico recoge la simultaneidad de los hechos, lo que es imposible atestiguar para uno solo; el acontecer en todos lados incluso a la misma hora. Un texto por sí solo es difícil que lo haga, el documental tendría más oportunidad, pero la novela necesita el paso del tiempo o la muletilla y *mientras tanto...* para poder contar lo que en otro espacio sucede sin que los personajes lo sepan. Virginia Woolf quiso crear el tapiz de un solo día con *La señora Dalloway*, doce horas en la vida de Clarissa donde sus pasos por Londres, para terminar en el festejo de la noche, van pasando la estafeta a distintos personajes, o convocando recuerdos en su cabeza. Una vida en doce días, Londres en esas horas, la Inglaterra después de la Primera Guerra Mundial en ese paseo. Interesante alcance novelístico en ese manejo del tiempo y el espacio y sin embargo la simultaneidad se escapa, aunque está muy próxima por lo menos entre presente y pasado, cuando la mente dialoga con otro tiempo.

Lo luminoso y lo oscuro pueden convivir en un espacio sin que lo sepamos. Aquí en Ciudad de México. La muerte de José José ha dolido porque con ella se nos muere un tiempo, además del Príncipe de la canción. Por eso los homenajes, el paseo concurrido desde Bellas Artes, pasando por Clavería al Panteón francés. Verlo pasar es ver nuestro propio paso, cómo irrumpió en el paisaje emocional cuando nos sembró “El triste” en el alma. Y de allí en adelante nos acarició con su tristeza en amores, y tanto se nos metió que el otro día que leía en un programa de radio en español en Los Ángeles (como parte del festival LéaLa) un

fragmento de un cuento mío, me tropecé con él, porque mis personajes también lo hicieron en *Ladies Bar*.

Quería tocar bajo esa falda, encontrar la humedad viscosa de esa mujer que se ofrecía a ella, a Eduardo, al que bailaba con ella, al que ponía a José José en la rockola para acabar con el fuego, para traer un gavián o paloma y frenar el vuelo que Mayra había alcanzado.

Una noche de cena en mi casa me sorprendieron Eduardo Antonio Parra, David Toscana y Xavier Velasco que se echaron un mano a mano cantando una tras otra las canciones del Príncipe. Se sabían todas (y cantaban bien).

Las canciones de José José nos siguen aliviando el alma, mientras la calle nos roba el sosiego y en un descuido hasta la vida.

La pareja se detuvo en una esquina para dejar pasar a los transeúntes, el conductor del vehículo detrás se exasperó y tocó el claxon; cuando los rebasó, la chica de la pareja, indignada por la falta de civilidad, le hizo una seña obscena. (Uno se pregunta cómo es que hay que reaccionar ante un insolente que urge con sus claxonazos al arrollo de los peatones). El conductor entonces olvidó la prisa y se echó en reversa para emparejárseles y decirles: “Por eso los matan”. Sin saber cómo digerir aquella porfía, los jóvenes siguieron adelante cuando observaron que los esperaba en la esquina siguiente. ¿Llevaba un arma? Porque aquellas palabras eran una amenaza. En todo caso el que merecía el castigo era él por su descortesía frente a los que cruzaban la calle. (La chica pensó que no se podía actuar ya intempestivamente, gritar imbécil y cosas peores o levantar la mano o decir que alguien rebuzna; la chica supo que había que aguantar el maltrato, agachar la cabeza porque en efecto los podían matar por responder, por picar la cresta de un bravucón). Se dieron la

vuelta y vieron una patrulla en la esquina, bajaron la velocidad y esperaron un rato por si el de la amenaza volvía a aparecer. El cuerpo tembloroso, la realidad les revelaba el campo minado de la ciudad donde alguien legitimaba la violencia con una sentencia: “Por eso los matan”.

Dos realidades simultáneas que se suman a otras tantas que aquí a la vuelta suceden: el secuestro de choferes que se premia con plazas, el paro de las universidades en el país que se castiga con la indiferencia. Yo, como Gil Gamés, a veces no entiendo nada. Por lo pronto mejor cantamos “El triste” y nos abstenemos de las reacciones intempestivas, no vaya a ser que cualquiera encuentre justificación para ejercer la violencia.

Comienzos

¿Me pregunto si terminar y comenzar producen una emoción semejante? A nuestras espaldas, el pasado para el que la despedida de año es un ritual necesario, casi purificador. Reconocer el peso de los meses y los haceres, alegrías o pérdidas para embalarlas y darles digna colocación en la estantería del camino recorrido. De cara a nosotros, el porvenir. Así, en dos palabras cargadas de incertidumbre, aventura y riesgos. El comienzo siempre exige temeridad, poner un pie en la arena movediza de la imperturbable rotación de la tierra alrededor del sol. Tantear. Proponer una ruta. Entrar en el juego. A veces resulta necesario reconocer acontecimientos inamovibles para los que las fechas ya están dispuestas, viajes deseados para los que se reservan alojamientos, transporte, se sospecha el equipaje. Paradas reconocibles en el río ancho de la novedad que se abre frente a nosotros con su clamor vital. Un año nuevo. Y yo braceando para llegar a la otra orilla, a su término que hoy me parece distante y que al cabo de 365 días contemplaré con cierto azoro de ya estar en ese punto del recorrido. Un año más. Pero hoy es todavía un año menos y me pregunto si otros escritores harán como yo. Comenzar un proyecto de escritura con las cabañuelas de enero, o a partir del doce cuando ya el año tomó ritmo. Porque la escritura requiere de calendario. De zarpar y de arribar. ¿Hay quien comience una novela en diciembre? ¿O más bien quien cierre una versión de la misma o de una parte de la misma en ese mes o reúna los cuentos para un libro?

Me es necesario llevar el ciclo astronómico a la mesa de escritura. Inaugurar libretas. De entre las que me regalan, escojo la

amarilla rollingtonera de este año para asentar mi nombre y el año. También para anotar su procedencia. En realidad, escribir es fundar un mundo de palabras para poder andar, para mirar, para dialogar e intentar asentar la perplejidad. Por eso el comienzo del año es buen momento para embarcarse, hacer como si el viento corriera a favor y el horizonte luciera despejado. A lo mejor es sólo una ficción, pero quién no vive de ficciones, sobre todo si las construye como el pan nuestro de cada día, como hacemos quienes escribimos cuentos balsa, novelas isla. Desde el arranque de un 2020 proporcionado en su cifra, con cierta estatura estética que invita a la invención de hitos, cosas que sucederán que debieran ser equilibradas y bellas y justas como ese número, desde la costa oaxaqueña me da por pensar que *Robinson Crusoe* no sólo fue mi lectura fundacional en la cama de hepatitis, sino el espíritu mismo de la escritura. Como náufragos de un porvenir que aún no existe, pues se edifica palabra a palabra cuando se escribe, necesitamos reconocer la geografía de nuestro territorio narrativo, sus límites, y sólo acertamos a descubrirlos a cabalidad cuando lo recorremos todo, cuando abarcamos la isla novela, aunque algunos detalles han sido pasados por alto y requieran un recorrido más minucioso. Toda novela es recorrido y hambre. ¿Dónde está el centro de lo que escribimos?, se pregunta Pamuk. Hambre de saber, de acertar a descubrir el conflicto esencial sin desnudarlo todo, sin que la obviedad opaque el misterio que debe latir en todo libro que se relee una y otra vez, como la isla que se recorre cada vez deseando que el lector nos salve. Escribimos haciendo señales de humo desde nuestra soledad errabunda, fiambres al garete (diría García Márquez), para que alguien atisbe esa isla donde encallamos con la imaginación por brújula, esgrimiendo estrategias narrativas, detalles, luces, metáforas para armar un mundo posible. Nos sostiene el deseo de encontrar otro que reconozca en ese horizonte desnudo las palabras humo que evocan una isla, un hombre, su hambre, su amigo; un espíritu sediento

y compañero, que se rinda a las palabras y su provocación y habite esa novela isla, espejismo para mirarnos mejor.

Comienzo el año como náufraga de un mundo de palabras apenas piedra por vestir. Asiento la primera oración. Y abro la puerta de la escritura en el año naciente. Respiro el arrebató del comienzo. Y lo comparto.

¿Cuándo está lista una novela?

Los escritores nos hacemos esa pregunta cuando llevamos años construyendo ese mundo tan frágil como poderoso. No deja de asombrarme que el material que poseemos son palabras, lo cual podría parecer sencillo porque no se trata de pigmentos ni solventes, ni de otro modo de notación como en la música, no dependemos del talento de los actores, ni de la destreza del cuerpo. Quizá por todo ello es que detrás de la escritura hay tanta vulnerabilidad. Si el escritor dedicó tiempo, el lector también lo hará. Por ese lector que consideramos un igual cuando escribimos, debemos dar lo mejor de nosotros como un corredor de fondo. ¿Pero qué es lo mejor de nosotros si cada proyecto de escritura, sea la novela, el cuento, el texto híbrido, nos pone a prueba de distinta manera? Cada texto nos requiere, para los riesgos y hallazgos. El trabajo de escritura es endeble porque, después de tantas jornadas de diálogo silencioso con el mundo erigido, como si abriéramos un boquete en otra dimensión del día a día, nos espera la decantación para poner el texto en su punto.

Vargas Llosa afirma que una novela se termina cuando uno ya no puede verla más, de alguna manera está harto de ella. Seguramente cuando estamos hasta el copete de una relación largamente sostenida, ya no damos lo mejor de nosotros. La pasión, que pasa por altibajos de intensidad, se ha atemperado. Quiero decir que el mundo de la novela, además de la historia, de personajes complejos, es tono, punto de vista, estructura, tratamiento para persuadir de realidad. Propone una forma de sabiduría o de relación con lo humano, es búsqueda. Y es lenguaje. De ahí que,

con una primera versión, donde suponemos que hemos llegado al puerto final de un conflicto o conflictos con algún tipo de salida, toca colocarse frente al edificio, como si fuera el de otro, y recorrerlo. El proceso de revisión es arduo pero placentero. Nos da la oportunidad de concentrarnos en la fluidez de la prosa, en su precisión —Chéjov susurrándonos al oído *la palabra justa*—. Después de la revisión en la pantalla, imprimo el manuscrito. (Celebro el vocablo *manuscrito*, aunque mienta, pues remite a la palabra plasmada con la coreografía de la mano atada a la cabeza, al corazón, a los sentidos). Y entonces viene lo bueno, el plumil de otro color que tacha, anota al margen, une con una flecha un punto con otro y nos vuelve calígrafos, dibujantes de ideogramas y cartógrafos de mapas sobre continentes de palabras. Es un momento físico y mental distinto. Minucioso lo que sigue después: descifrar el pulimiento manual al verterlo al archivo digital.

Mi amiga poeta me asiste con su oído fino mientras le leo fragmentos de la versión de la novela en mi regazo; es una criatura aún tierna para andar sola en el mundo. Me reta y me gusta la etapa de la decantación. Lo tomaré con calma, sé que no va a terminar el proceso con el primer recorrido atento, pluma en mano, oído alerta, ritmo disparejo que de pronto se atranca en algo que no está bien y que lleva tiempo resolver. Una oración. Tendrá que haber una nueva versión impresa cuando la caligrafía haya sido vertida. Precisaré del enfriamiento y de otra lectura, donde ya no soy nueva para detectar aciertos y desaciertos.

Al darse cuenta que escribir no sólo es plasmar historias, Truman Capote escribió que cuando dios te da un don, te da también un látigo. Si de arte se trata, es preciso usar el látigo y asegurarme de que estoy lista para soltar la novela.

La caligrafía del bordado

A través de *Una larga hebra*, exposición que estuvo en el Museo de El Carmen en San Ángel, Elena Martínez Bolio no sólo nos acerca desde lo que ella llama “la sencillez y la humildad de la aguja” a las formas de vida de las comunidades mayas, sino que sobre el lienzo-documento, que es la tela, elabora un discurso que va, de lo íntimo y lo doméstico a la protesta colectiva por la violencia contra las mujeres.

Me entero que el trabajo expuesto es producto de estancias durante tres años con las mujeres de la comunidad Xocén en Yucatán. Quizás lo más interesante de una exposición que nos remite a costumbres locales y armónicas con el entorno como el huipil que abre el recorrido y que fue reconocido en la 8.^a Bienal Textil de Madrid, en el que una serie de viñetas detallan escenas de campo, de cocina, festivas, es que no sólo está hablando de la comunidad (de la que rescata formas de trabajar el hilo y la tela) sino que nos enhebra con nuestra propia relación textil.

Mientras observaba la fineza de las puntadas que dan textura y forma a distintos elementos o que juguetonas bordan siluetas de pies sobre un tapete o sandalias vacías, pensaba en la relación femenina con la tela y el bordado. Como la artista lo propone, los bordados son documentos de una historia de comunidad. En el baúl de la casa familiar se guardaban las fundas de almohadas con las iniciales de los recién esposados, mis bisabuelos, que la novia afanosamente había bordado previo a la ceremonia nupcial. Mi bisabuela era española y los documentos no sólo contaban sus anhelos y la fundación de una familia, sino

que atestiguaban que todo ello venía allende el mar y que había sido celosamente guardado como una comprobación de procedencia. Conservo el alfabeto bordado, de aquellas tareas de la época, de mi bisabuela Nicolasa. Mi abuela madrileña fue modista, lo que le valió la manera de ganarse la vida cuando vino exiliada a México a finales de los años treinta. Con sus manos diestras, cuando yo era niña me mostró la importancia del dedal, y la manera de pegar botones y hacer dobladillos, mientras ella trazaba los patrones que se volverían prendas para las muñecas. La exposición de Martínez Bolio me remite a esa sabiduría que va de tarde en tarde, de abuela a madre a hija amenazada por perderse en las prisas del tiempo y las formas burocráticas de documentar una vida.

Cuando era niña tuve aquellos aros para el bordado que estiraban la tela y escogí los hilos de colores para pintar entre puntadas una servilleta con flores. Me daba la sensación de estar en diálogo con la quietud y conmigo misma. De producir algo que sería parte de la vida cotidiana. Por eso me detuve en aquella habitación recreada en la exposición donde la colcha y los objetos están hechos por las manos que tejen, por las manos que deshílan, por las manos que trazan encajes y en la parte superior de la cama una serie de estampas bordadas con la espera, el alumbramiento, la crianza, narran la historia de nuestros cuerpos. Salir a la luz del sol después de ver la caligrafía bordada no sólo para documentar una historia, sino para insistir en que *No es no* sobre las sábanas teñidas de grana cochinilla me dio el deseo de apiñarme en un corro de mujeres y dejar a los dedos hablar, mientras la memoria y la vida crecen frente al pacto de herencias ancestrales. La exposición incita a “apropiarnos”, como se puede leer en uno de los textos bordados, “de la memoria olvidada en la dermis de nuestros dedos”, para que el silencio se vuelva caligrafía de hilos.

Un clavado en cámara lenta (reflexiones sobre la novela corta)

1

¿Por qué hablar de novela corta? Por las mismas razones que distinguimos el cuento de la novela, aun siendo los dos narraciones. Si en el uno y en la otra podemos decir que la extensión es un límite y un condicionante, pues el suceso único —propio del cuento— sólo se puede tratar con intensidad y brío —en el empeño de lograr la unidad de efecto de Poe— en una cierta extensión, en cuanto son varios los sucesos concatenados para el desarrollo del personaje y su multidimensionalidad estamos en las aguas de la novela. El uno y la otra tienen intenciones distintas: el cuento es extremo, tenso, secreto, sólo conocemos algo del personaje que se muestra por el suceso narrado y que es relevante y suficiente para el estremecimiento que éste provoca; la novela es más explícita, el personaje es visto frente a varios sucesos, carácter y caracterización a prueba. El espíritu de la novela es en gran angular, el del cuento es un *close up*. El cuento es género de silencio, una habitación cerrada, la novela en cambio es bulla, es edificio. En este sentido, la novela corta respira atendiendo a particularidades de uno y otra. Es tan intensa como el cuento, aunque desarrolle un suceso principal y otros adyacentes, pero nunca dejará de develar la complejidad del personaje.

Si el cuento es un clavado limpio en un sólo movimiento, la novela corta permite las piruetas del clavadista, la exhibición de sus posibilidades coreográficas además de la precisión en su caída al agua. Por eso, aunque la extensión es la medida más clara

de la novela corta, lo corto es consecuencia de la dirección del conflicto narrado y del desarrollo del personaje. Y aún así la definición puede sonar arbitraria. En la tradición literaria mexicana, *Aura* de Carlos Fuentes me parece más novela corta que cuento, y *Las batallas en el desierto* una clara novela corta donde sabremos más de Jim y del contexto que lo que el cuento permitiría.

Tengo para mí dos muestras claras y memorables de las cualidades de la novela corta dentro de la familia narrativa: *Daisy Miller* de Henry James y *La balada del café triste* de Carson McCullers. Si cada título literario nos inventa como lectores, de la misma manera en que los hijos nos hacen padres, ambas novelas nos muestran el poder de la justeza en la selección de lo narrado al tiempo que convocan nuestra empatía con las antiheroínas. Nos basta con mirar a Daisy (como lo hace el narrador-personaje, aquel joven inglés que llega a visitar a su tía y conoce a esta chica americana, nueva rica, que pasa un tiempo con su familia en Roma), observar sus maneras, su espontaneidad, su rebeldía e insensatez, la manera en que se deslumbra con aquel chico italiano para reconocer la tragedia de su inocencia. James sabe retratar, como un Singer Sargent de su época, a la sociedad americana en contraste con la europea, la vieja aristocracia y la riqueza fresca e inexperta del americano. Con Daisy y su inocente imprudencia y la manera en que el joven que narra es atraído por la chica y lamenta el desenlace que él pudo prever pero ella no, asistimos a la tragedia de los sueños mal colocados; o del mundo de apariencias y códigos que anhela romper el joven en el mundo de su tía y que admirará y lamentará en Daisy cuando ir al Coliseo de noche, fuera de horarios, con el pretendiente romano, la lleve a la muerte. Daisy es un personaje contradictorio, chocante y delicioso, de cierta forma banal, que sólo, la novela corta en esos episodios ceñidos a unos días de verano, podría comunicar con tal precisión. El asunto, sin duda, no se sostendría en las aguas de la novela, y el cuento podría apenas contar la parte climática

del relato. La novela corta permite conocer a Daisy, al narrador y conmovernos con el cruel desenlace.

Amelia y el jorobado Lymon son dos personajes del gótico sureño que, con *La balada del café triste*, Carson McCullers sembró para el imparables asombro del lector. Ninguno es un personaje convencional. Amelia es más bien masculina, robusta, se encarga de la bodega y tiene un café en la localidad, estuvo casada con el hombre guapo del pueblo, un pillo que está pagando una condena en la cárcel, es ruda y golpeadora. Pero cuando aparece ese jorobado diminuto que afirma ser su primo, Amelia se volverá su protectora, abrirá sus puertas para que los parroquianos beban a gusto del whisky que ella expende hasta el día que aparezca su exmarido y después de un *round* de box con ella, pierda al contrahecho Lymon que continuará sus pillerías con él en otros lares. De nuevo la tragedia (tal vez la novela corta es más poderosa si el final es triste), Amelia habrá de pasar por diversos estados, saldrá de su mutismo hosco, será benévola y coqueta y se sumirá en el desencanto cuando decida cerrar el café, como sabemos por la voz que narra ante la vista del lugar casi abandonado donde alguien asoma por la ventana del piso alto. En una y otra novelas el espacio y el tiempo están claramente acotados, poseen un marco preciso y las conductas tanto de Daisy como de Amelia afectan el entorno de distintas maneras, la muerte de Daisy parece subrayar un final merecido a ojos del núcleo social al que su madre desea pertenecer, no así del que narra, y Amelia, el café como un corazón, hará más amable la vida del pueblo enamorada de Lymon y lo desarropará con su desencanto.

Recuerdo lo que ocurre en cada una de estas dos novelas, pero sobre todo a Daisy con su tonta frivolidad y a Amelia con su insólita conducta frente al falso primo, quienes forman parte de la galería de personajes literarios memorables. En cambio, de los cuentos recuerdo más el suceso frente al que exhibe el personaje algún aspecto revelador.

El peligro de la novela siempre son las demasiadas palabras, en la novela corta el equilibrio que exige la selección de lo narrado, el ritmo y el punto de vista para darle forma es el *tour de force* del escritor. De ella no podemos esperar la epifanía del cuento, porque es mucho menos silenciosa que éste, pero le ronda lo no dicho que (como al cuento) le da densidad. Si volvemos a la analogía con el clavadista, en la novela corta el clavado con piruetas ocurre en cámara lenta, y en cada momento del clavadista podemos ver los detalles y los gestos que nos permitirán saber más de él.

2

La más faulera es mi primera experiencia con la novela corta y más precisamente con la escritura donde hay un desarrollo de personajes. Hasta entonces, las aguas del cuento, su precisión y equilibrio, eran mi horma. Una editora leyó el cuento germen de *La más faulera* y me sugirió hacer una novela. De golpe sentí que me ponían contra la pared, y de cara. Pero si yo no quería hacer una novela, lo esencial estaba en ese cuento *Por un diente*. La violencia y el miedo, lo que pudo haber sido el desenlace en una cancha de básquetbol y el baño de mujeres donde esperaban a la protagonista que le había tirado un diente a la contraria (sin querer) para golpearla (queriendo). La editora me dijo que podía publicarse en su colección para jóvenes y eso era una manzana tentadora. Cuando acabé mi primera novela breve, la colección de jóvenes ya no existía, pero había tanteado el río narrativo de sucesos varios donde llegué a conocer un poco más a Andrea y su circunstancia.

La aproximación fue un tanto ingenua y consistió en imaginar el tiempo anterior y el tiempo posterior al hecho dramático y construir el mundo cotidiano y las relaciones significativas para la protagonista. Vista desde el hoy, a esa novela corta le falta

la malicia y el misterio del clavadista que elige cierto grado de dificultad, es más un relato largo y una primera aproximación a la construcción de un personaje, pero funciona con los lectores adolescentes. Las ediciones continuas lo atestiguan.

Doble filo es en cambio una propuesta de escritura después de publicar varias novelas de largo aliento y de continuar mi adición al cuento. Elegí las reglas del juego que someterían a la forma y al desarrollo de la historia: las restricciones, como las llama Umberto Eco. Me propuse contar el deseo de olvidar una historia de amor de una mujer joven frente a una extraña terapeuta que usa métodos intuitivos y metafóricos; así, mientras la joven olvida, la terapeuta recorre su historial romántico y construye el mapa sentimental que le permite ser la que ahora está dispuesta a no olvidar. La historia pudo ser contada de diversas maneras, pero quise hacerlo a ritmo de sesiones, estancias breves donde el punto de vista es el de la terapeuta que escucha la otra historia, ejecuta acciones y en soledad se percata de que ella que es cada vez más apegada a su pasado y menos dispuesta a dejarlo ir. Cada uno de los fragmentos podría leerse como una minificción; la sesión con la “bruja”, acotada en el tiempo, es la del texto en la página. La densidad de lo que ocurre está sobre todo en los silencios. La novela se hilvana como los collares que la terapeuta hace y deshace para dejar ir los problemas ajenos. La historia pidió su forma, desconfié de las demasiadas palabras e hice mi aliado al poder sugerente del cuento, aunque la continuidad y la necesidad de saber qué pasa y quién es cada una apunta a la esencia de la novela.

Fue durante un encuentro de escritores en Ciudad Juárez, donde después de las participaciones en el foro y dada la inseguridad de entonces que, reclusos en el hotel, Cristina Rivera Garza, Rosa Beltrán, David Ojeda, Elmer Mendoza y yo platicamos de la novela corta y el reto del género. Nos propusimos escribir una, soñamos con verlas publicadas al unísono, finalmente cada uno hicimos lo que pudimos. *Doble filo* fue mi respuesta al reto.

La palabra vale

Los escritores lo sabemos, las usamos, las veneramos, nos asombramos, las sometemos, nos revelan, nos enaltescen. Como mineros alumbrados por esa escasa luz que proyecta la lámpara en la frente, vamos por ellas. *La palabra justa*, decía Flaubert. Encontrarla para que diga exactamente lo que queremos, para que produzca el efecto deseado: además de su sentido, su ambivalencia, su sonoridad, su juego en la cadencia de la oración. La palabra es elocuente, y hay profesiones que viven de la palabra. La palabra revela. No es cierto que los ojos sean el espejo del alma, lo es la palabra, porque aún en su retorcimiento, o por ello, enseña sus telones de fondo.

Qué sed de palabras verdaderas y profundas, empáticas con el luto por el que está pasando el país, en salud, trabajo, movilidad, seguridad, ingresos, percepción y relación con el extranjero, proyección a futuro. Qué sed de un discurso incluyente, sensato y no beligerante y divisor (como fue el leve parpadeo y encantamiento de serpientes del discurso de la toma de poder del palabroso mandatario). Hay discursos históricos, citables, que dejan huella sin que, quienes los pronuncien, de antemano los califiquen como transformadores, únicos y parteaguas. A mi generación la marcaron las palabras de Martin Luther King: *I Have a Dream*. Palabras elegidas, palabras pensadas, casi versos, himno al que se vuelve constantemente como referente de la justicia, la igualdad, más allá de la lucha por los derechos de los afrodescendientes en Estados Unidos, tan pertinente en estos momentos.

Son pocos los momentos en la historia de la humanidad acompañados por palabras cimbradoras y sembradoras que yo recuerde como una marca del tiempo que me ha tocado vivir. Los líderes que he admirado y respetado han sido dueños de la palabra porque la palabra, a la que atribuíamos poderes mágicos de niños, ese abracadabra, es guía, es certeza, y tiene estatura moral (dar la palabra es una promesa de honorabilidad). A los líderes de un país o una idea no se les pide arenga, repetición, descalificación y pobreza del lenguaje. Se les pide un compromiso con el uso de la palabra porque la palabra vale, no se puede malgastar en un decálogo insulso, propio de cualquier salón de belleza. Palabras que dan efecto de antesala, de relleno, nada nuevo bajo el sol: ocurrencias. Las palabras de un líder deben tener una estatura. Memorables las palabras de un Nelson Mandela triunfante en 1994, de Felipe González al inicio de la democracia española, de Barack Obama presidente afrodescendiente y demócrata de una nación conservadora y las de Trudeau con la melena del confinamiento hablando a los jóvenes universitarios. Mi recuerdo de un cambio significativo en la vida política de México fue el momento en que los capitalinos pudimos votar por el jefe de gobierno. La democracia imperfecta ha recorrido un largo camino. Hubo una concordancia entre nuestro espíritu de cambio y el triunfo de la izquierda pensante y crítica, donde las palabras de Cuauhtémoc Cárdenas fueron piedra de toque.

Las palabras son el timón del país y no se pueden aventar como bolo de bautizo, colación de piñata, a diestra y siniestra sin que las acompañe el buen oído y la sensibilidad del que las ofrece. Ofrecer palabras es ofrecer certezas, es embonar el deseo de bienestar y proyecto de nación desde las clases bajas hasta las clases altas, sin ningunear a la clase media profesionalista, para que realidad, liderazgo y futuro correspondan a una partitura que nos convoque a todos. Pero no vivimos tiempos de pensamiento lógico y científico, vivimos tiempos caprichosos donde se nos pide

buen comportamiento para desterrar la violencia que nos amenaza, usar tapabocas mientras el presidente lo desdeña. Porque el tapabocas es una manera de silencio en estos tiempos donde se cree o no en el virus, se cree o no en los datos de la Cuarta Transformación (4T). Necesitamos volver a respetar la palabra y su valor. Decir menos para decir bien. Comunicar de inteligencia a inteligencia. Despreocuparse por el *rating* telenoveleros en donde el mundo se pinta en blanco y negro. Y devolver a la palabra su integridad y su peso. Como mi pecho tampoco es bodega (hay que reconocer que la frase quedará para los anales), pues aquí lo suelto. Falta que haya oídos para estas palabras.

La zafra y el texto

A Claudia Solís

Llueven briznas de vegetal negro en las tardes de Cocoyoc. El origen lo revela: el cono de humo que mancha el azul de la tarde muriente. Es época de zafra. Antes del corte de la caña la quemazón es una práctica que lo facilita, que ahuyenta animales, que quita materia adherida a los tallos, que fertiliza la tierra para la nueva cosecha. De caña están hechos los recuerdos de mi abuelo materno: el andaluz. Si la abuela contaba historias de guerra mezcladas con su nostalgia de Cibeles y Gran Vía, mi abuelo contaba anécdotas como la del mono silvestre traído de África que vivía en el cortijo de sus padres en Almuñécar. Lo suyo era un mundo más parecido al trópico mexicano, que si las chirimoyas eran enormes, que si los aguacates, que si la caña. Por eso, por andaluz que conocía de caña e ingeniero sin título (pero se había ganado “el ingeniero”, como todos lo llamaban, a pulso), en México trabajó en los ingenios azucareros de Mochis, del Mante y en Taretan, Jalisco. Allí lo fuimos a visitar después de un viaje en tren con la abuela a Guadalajara. Éramos niñas mi hermana y yo, pero recuerdo el afán con que el abuelo explicó el proceso, y nos enseñó los camiones cargados de caña, la mollienda y la melaza: un jugo café que se volvería cristales blancos. El azúcar lo teníamos en casa, pero no la tierra y los hombres trabajando y mi abuelo con su sombrero. El aire olía dulce y yo sentía mucha admiración de que mi abuelo estuviera al mando de ese proceso, como un mago mayor. El ingeniero José Maroto. Todo este legado, la genética de la que soy, me sale al paso mientras en la tarde me tumbo en la colchoneta de cara al cielo y de

que la lluvia de hojas carbonizadas se deposite sobre mí, como si esas plumas negras, esas briznas de gramíneas fueran cómplices de la escritura, del empeño de ensuciar la página o la pantalla, construir algo donde no hay nada. Un mundo de palabras que tengan la temperatura del cañaveral incendiado. Mi abuelo no escribía, tampoco creo que leyera más allá de libros técnicos y algo de Lorca y *El brindis del bohemio* que recitaba como Cagancho, dibujaba bien y pintaba algunas marinas naïve de su natal Almuñécar; en cambio, los planos con bandas, engranes y poleas a detalle y sus maquetas de cortadoras de caña eran un mundo en miniatura que creaban su habilidad y su inquietud. El abuelo me dio historias y paisajes, e hizo del anhelo por Almuñécar un bien (o un mal) de la familia, pero ahora sé que tenemos en común la zafra. La palabra árabe, de gratisimo sonido, quiere decir viaje. La zafra le dio empleo en México porque aquella herencia árabe en la costa andaluza fue también exportada a Nueva España. Porque el azúcar creció vigoroso en América y hubo hasta un rey del azúcar en Cuba (Julio Lobo con el que por cierto se casó Hilda Krüger, la supuesta espía alemana que fue amante del presidente Miguel Alemán, como puede leerse en el relato, invención de lo posible, de mi libro *La casa chica*). Bien mirada, la zafra me sale por todos lados (hasta para hablar de mis libros...). Estudié biología porque en la naturaleza hay una verdad indiscutible cuando se mira la tierra y el mundo vegetal y animal que ha evolucionado con ella, cuando vimos las plagas y enfermedades de la caña de azúcar, el abuelo fue el gurú de quienes, siendo estudiantes, nos acercamos a él.

Pero más allá de todo eso, la zafra es mi todos los días cuando escribo. Es la cosecha de palabras y su temperatura. Es el encuentro de la historia con el poder de la prosa, es la quemazón de cada enunciado, la necesidad de que el cañaveral se agite, se despeine, se calcine pródigo en jugos dulces. El texto precisa energía, y quizás es por eso que el cuento me nace con más desparpajo, porque esa

energía es posible sostenerla en corto, porque, como el poema, es más fácil que cada línea queme en su afán de herir la memoria, una experiencia candente. La novela en cambio es rejega para la zafra. Hacer de cada tramo un incendio, un cielo encapotado de negros vegetales que flote con la ligereza de la lluvia carbonizada, pero que evoque el vuelo de aves oscuras, no es asunto fácil. Quizás por eso no es tan frecuente toparse con novelas que nos conmocionen. El incendio de las palabras a veces pide la inmolación del autor, ser hombres de fuego y eso es mucho pedir. La zafra escritural es la energía del texto, esa llamarada que nos convoca a escritores y lectores; lo de menos es sacudirse las briznas negras que aún siguen cayendo.

Describir la novela

Julio se acaba, barre con las vacaciones escolares, con una Ciudad de México de traslados más gratos. Agosto se despereza con el regreso a clases, con las lluvias indecisas, a veces torrenciales o agazapadas para dejarnos tardes transparentes. Coincide el fin de mes con el término de mi novela. Le he puesto punto final a un vagón de palabras en el que viajé tres años y me queda la sensación de asombro suspendido. Accedo al limbo entre el punto final y el momento en que llega el libro, el objeto público compartible, que me abre en canal al diálogo. Sé que cuando lo tenga en mis manos procederá la ceremonia íntima y silenciosa de abrazarlo, de acercarlo al corazón, de susurrarle la bienvenida y el adiós, de recordarle los días y las tardes, los espacios, los cambios de humor, las lecturas, las dudas, las enfermedades, las libretas, los cafés, los funerales, las conversaciones, los abrazos, la alegría y el dolor, las desilusiones, las peleas, los secretos y los viajes que lo preceden, que se disolvieron en su ADN, que sólo yo y él conocemos. Un cordón muy fino habrá de quebrarse cuando comience a hablar de él, nunca antes, o lo menos posible, es cierto, porque se salan, porque ese mundo de palabras es sólo un sueño, el gatear de una criatura, un embrión sin voz. Qué difícil es explicar una novela, porque uno tarda mucho en explicársela a sí mismo (si acaso se la logra explicar). Me gusta la tradición con que se presentan las novelas en los países sajones: el autor lee un fragmento, la prosa habla por sí sola, porque como una atarraya de palabras pretende enredar el aleteo de los peces para jalarlos al cantón del mundo ficticio, inundarlos de tanta mentira verdadera.

Pero entre tanto estoy en el limbo y desenrollo el hilo de Ariadna y salgo del laberinto, me coloco en su entrada: en el antes de la novela. Porque fabular un mundo es meterse en problemas, es construirse y sortearlos, como si no bastaran los de la vida misma. Tiene una razón esa problematización recurrente, la precede una pregunta, un manajo, dudas vitales, y el sino de la subsistencia, la rebelión contra el implacable correr del tiempo, la perplejidad ante la muerte, la velocidad de los días que no permite agrandar los detalles, detenerse en los gestos, recuperar ternezas, reconocer oscuridades. Y queremos hacernos de palabras, faros, linternas para seguir andando. Me solazo en el germen inicial de esta novela: un viaje a Portugal. Una celebración de amigas. Un verano entre viñedos, olivos y naranjales, un calor tajante y un tiempo extendido, tirado como si nada le demandara reaccionar, como si fuera eterno y plácido y uno transitando los días sin vislumbrar un futuro de palabras, cargado de Ciudad de México, de crecer en los setenta, de decisiones que se *resetean* de cuando en cuando, del sismo del 85, de pérdidas y aprendizajes. No lo sé, no lo sabemos, pero mi emoción durante esos días ya está atisbando una novela (y no lo sabe, como tampoco sospecha la fragilidad de la vida).

En *Viaje a la semilla*, Alejo Carpentier desanda el tiempo, desde la demolición de la casa a la fundación de una familia y la construcción del recinto. Yo miro la versión penúltima impresa, “para verte mejor”, tachoneada, con anotaciones; la preceden otras tantas en la computadora, finales varios. Un caos ordenado, un torrente colocado en su sitio, pero si esto no era más que una línea en una libreta: me sorprende. Una idea garabateada en la libreta azul Caribe, que elegí por fresca, porque me invitaba a llenarla de balbuceos, ocurrencias, diagramas, árboles genealógicos, fechas, hasta bosquejos de la fisonomía de mis personajes. Y luego esas semanas en The Hermitage en Florida, la casa playera del siglo XIX a caballo entre el Golfo y el manglar, donde intenté

el arranque y escogí algunas conchas que serían los personajes, y las guardé en una cajita para traerlas de regreso, que el vaivén del mar siguiera ejerciendo su embrujo apaciguador en las jornadas de trabajo en Coyoacán. Resistieron dos veranos y las navidades diferentes: la ausencia de mi padre, la muerte de mi madre, la de la amiga y la otra amiga, la despedida y el regreso de mi hija, el parto de la hija mayor y el nacimiento de mi nieto.

Por eso cuando llegue la caja con los primeros ejemplares, y corte la cinta canela con ansiedad, y alce las tapas de cartón para ver el botín, que todavía será sólo mío, permítanme la intimidad de retenerlo un rato entre mis brazos. Un trozo de mí, de la que soy y voy dejando de ser, está allí.

La soledad

¿Quién dijo que la soledad era buena? Es deseable cuando la buscamos. Porque sin duda requerimos de tiempos para lo social y tiempos de silencio con nosotros mismos. Pero la soledad impuesta, más frecuente en mayores de sesenta y cinco años, y agravada en tiempos de pandemia, es una enfermedad social que ya está siendo considerada en países como el Reino Unido asunto de Estado. En el mismo artículo me entero que en Japón se creó un ministerio para combatirla porque el número de suicidios ha sido el doble que las muertes por pandemia en el 2020. Nuestra soledad a la mexicana quizás resulte más acompañada a nivel familiar (no necesariamente más grata) en modos de hacinamiento por pobreza. Vaya paradoja, aunque es una mera conjetura. Tampoco sé si entre mayores ingresos, el panorama de estar solo en una casa sea más frecuente. Seguramente alguien lo está estudiando y nos dará un retrato de ello.

Si la soledad como una condena de la circunstancia era indeseable desde antes de covid-19, éste ha agudizado todo tipo de malestares psicológicos en una gama de edades, no sólo por el aislamiento en soledad, sino por el confinamiento en prolongada convivencia cotidiana. El exceso de espacio o la falta de espacio... El equilibrio es la libertad de elegir estar con los otros que nos son necesarios y estar con nosotros lo que también nos es necesario. Perder esa libertad por capacidades físicas, por dependencias, por problemas de salud pública deriva en el paulatino hundimiento anímico. Pessoa dice a Ricardo Reiss en la novela que más me gusta de Saramago que “la soledad no es vivir solo,

la soledad es no ser capaz de hacer compañía a alguien o algo que está en nosotros”. Pero la pandemia nos ha demostrado que uno mismo no se basta. Necesitamos a los otros. La tecnología ha ayudado, sin duda, y eso para quienes la tenemos al alcance. Por más libros que se lean, películas vistas y encuentros virtuales uno necesita el sonido de la risa, el olor de alguien más, el timbre de la voz, la respiración del silencio, la temperatura de otras pieles.

Me cuenta mi hija que cuando vivió en Vancouver había letreros en las calles sugiriendo que cuando vieras a un anciano solo, le platicaras. La pandemia ha colocado un peso a la soledad impuesta que se nos estrella en la cara. ¿Habremos de ver Ministerios de la Soledad apareciendo en todo el planeta? Me pregunto cuál será el impacto en lo escrito, en lo que habremos de leer pronto o dentro de un tiempo. Si bien los escritores necesitamos esa soledad, esa concentración para escuchar la clave morse, como se refería Faulkner al hecho de la concentración, al pacto de silencio necesario para que surja algo de lo que tenemos que estar atentos, ese tiempo en soledad es una elección. Los solos y solitarios, los ermitaños, los monjes que hacen votos de silencio, las monjas en clausura, los que se apartan del mundo siempre nos han llamado la atención. Por excéntricos, porque son una afrenta y nos preguntamos si seríamos capaces de ello. De cualquier manera, lo han elegido, como en el maravilloso cuento de Guimarães Rosa, *La tercera orilla del río*, en donde un hombre se embarca y flota, y solo recoge los alimentos que su esposa le deja cada mañana en la playa.

Tal vez son tiempos de volver a leer *Una soledad demasiado ruidosa* de Bohumil Hrabal.

La destrucción de los libros

No se escriben libros para el desahucio, se les lleva en el cuerpo, en el corazón, en la cabeza. Primero son un remolino de ideas, de personajes que van tomando cuerpo, acomodado, reclaman su paisaje, se distinguen y cada uno lleva un nombre y cada uno lleva un propósito y se cuelgan en el tendedero del tiempo para hacer un tejido que sostenga una historia que se parezca a la vida; se sujetan con palabras para que queden en el sitio que les corresponde y así crecen lento las páginas a las que se busca el mejor vestuario para salir a la calle, para decir aquí estoy y llevo un nombre, he sido bautizado y ahora voy a andar por el mundo. Los libros no se escriben para enfrentarse con la ceguera y la sordera de una bodega sin rumor de vida y llena de otros libros lápidas que un día ocupan tanto sitio que es necesario liberar el espacio. El libro es un enfermo sin remedio que está ocupando una cama por demasiado tiempo, quizás es víctima también de la pandemia donde nadie se paraba por las librerías que primero estuvieron cerradas, y no sucedía el encuentro fortuito con los libros para escoger qué leer a menos que alguien lo susurrara al oído. Pobres libros, dejaron de tener destinatario (Bartleby sabe cómo duele eso), de tener esa vida a saltos entre conversación y conversación irrumpiendo o rompiendo o asombrando a algunos, también decepcionando a otros. (A los libros les gusta el gerundio de la relación con los humanos aunque los cuidan en la prosa de sus entrañas).

Los libros no están hechos para quedarse a salto de mata como criaturas desnudas expuestas al frío y al desprecio y, lo

peor, a la indiferencia. Y un día el escritor-la escritora se entera que cuesta mucho dinero tener a un desahuciado, te lo puedes llevar a casa si es que te cabe, si es que tienes los medios para ir permitiendo que ejerza su vida contigo. Si no, puedes elegir pedazos de la criatura, una forma de recordarla, de que esté viva, de ponerle velas. Porque por lo demás las cuchillas harán lo suyo con el líquido que añadan, que debe ser barato pues resulta más conveniente destruir que esperar esa lenta manera en que los libros encuentran a sus lectores. Tal vez con esa masa hagan más libros que acabarán en el mismo despeñadero, a no ser que conquisten el frenesí lector con una velocidad que mengüe el costo de almacenaje para reproducirse en el ánimo lector. En la lectura, el contagio es manera de subsistencia. Darwin debe estar mirando estas palabras y anotando en su bitácora que el libro que va al matadero no tuvo aptitudes para sobrevivir, que no importa cuánto empeño hayan puesto los progenitores en su cuidado para que sus genes tuvieran continuidad en el mundo. Sobrevive el más apto: libro insecto que resiste pesticidas y se cuele por las rendijas y se le sube a lector por las manos, se le mete por los ojos, le entra en el corazón y le dice: “defiéndeme, espárceme” como una semilla que germina contra viento y marea.

Aquí estoy, desde la ventanilla de la vida pensando que uno no escribe libros para el cadalso y que cuando llega la noticia de la destrucción (cruel oficio el del protagonista de *Una soledad demasiado ruidosa*) la cabeza del escritor-escritora se atosiga con el sonido de las cuchillas que hieren el aire y vuelven informes las palabras que tuvieron un cauce-una causa-una casa.

Uno no escribe libros para el desahucio y, sin embargo, frente a la superficie sin palabras se escribe el siguiente.

Un libro es siempre un barco de papel hacia lo incierto.

La sorpresa de los libros

Que los libros son extensiones de nuestra persona, no hay duda. Que marcan, que dejan huella. Siendo objetos, su lectura, los vuelve experiencias que se suman a los asombros, a los afectos, a los deseos, a la rebeldía, a la diversión. Son acompañantes. Están hechos con imaginación. Aún los textos informativos requieren de una manera imaginativa para comunicar. Todo esto para resaltar la importancia de que exista un programa y una preocupación del Estado mexicano para que los libros sean parte del aula, del espacio escolar. Una luminosa idea que ha hecho de la lectura una posibilidad común. Libros para leerse más allá del programa que hay que cubrir. Libros alas, grupas, caudas que nos llevan por aquí y por allá, que ensanchan el espacio con palabras y con imágenes.

Llevo las huellas de mis propias lecturas iniciales: fui afortunada teniendo un rincón de libros en casa. Mi madre había dispuesto un estante del librero para mi hermana y para mí. Nuestro favorito era *La hormiguita se quiere casar*, un libro en un formato tabloide, con dibujos preciosos donde la hormiguita se dispone a encontrar marido luciendo una cinta y un poco de perfume, y el que resulta ganador, pues todos los anteriores pretendientes tienen un pero, es el Ratoncito Pérez. El libro tenía una particularidad, había sido de mi madre cuando era niña, era un regalo de sus tíos para Reyes. Lo mandaban desde Madrid, donde vivían; pues la familia de mi madre había venido a México durante la Guerra civil española.

Cuando tenía nueve años llegó un paquete distinto, no fue de Reyes y no fue para mi hermana y para mí. Por ser mi cumpleaños,

mi madre había pedido que me enviaran los libros de Celia que escribiera Elena Fortún. En las meriendas del Sanborns de la calle de Salamanca, en el DF, mi abuela y ella se emocionaban recordando esas lecturas en la edición de Aguilar sobre una niña madrileña que tendría —ahora me queda claro— una edad intermedia entre mi abuela y mi madre. Mi abuela los había leído en Madrid, mi madre en México, y ahora obsequiaban a mi solitario regocijo sus horas de disfrute lector en aquellos libros con pequeños dibujos de una niña rubia con bucles, de unas señoras que usaban guantes y vivían en el barrio de Salamanca, del negrito Maimónides que trabajaba para ellos y la cocinera Benita que era de algún pueblo, de la gata Pirracas y el hermano Cuchifritín. Un mundo doméstico que así contado, desde Celia, parecía extraordinario. El asombro y el humor descifrando el mundo. Desde *Celia, lo que dice*, hasta *Celia madrecita* (pues se queda huérfana) disfruté cada uno de los momentos. Me hice de una amiga que no podía compartir con nadie. Celia me llevó a España sin que yo lo notara, anduve por otras calles y otras costumbres que me eran familiares como si no mediara un océano. (Me pregunto si esas lecturas que venían de otras geografías y ese llevarme de los libros a otros lugares hicieron de mí una anhelante del viaje, una errabunda).

Aquel mismo año en que Celia tocó a la puerta, descubrí lo que producían los libros, ese arrebatarnos de nuestra circunstancia y tomarnos para ellos. En mi cama con hepatitis, *Robinson Crusoe* me llevó a los mares del sur y fui náufraga y mi cama una isla, tuve sed, y bebí el agua que resbaló por las hojas de los árboles y sufrí cuando los barcos no respondieron a mis señales. A *Crusoe* finalmente lo rescató un barco, a mí el recuento de Defoe me rescató del tedio y la inmovilidad a la que obligaba el virus. Fueron otra vez los papeles navegantes los que acercaron un mundo lejano en el tiempo y en el espacio. Debe ser porque los libros venían de lejos y venían por agua, que la literatura

de faros y puertos y mares me llama la atención. Bradbury con aquel solitario animal del mar que encuentra en la intermitencia de un faro el ojo de un igual, Conrad y *El corazón de las tinieblas*, Mutis y *La última escala del Tramp Steamer*, García Márquez y *El amor en los tiempos del cólera*. Será porque soy de tierra adentro, de ciudad hundida en un valle, que el mar siempre fue el horizonte de otros mundos, el vehículo para la imaginación, la nostalgia, la procedencia.

Puedo hablar de los libros que me gustan de adulta porque tuve gozos lectores que instalaron esa sed que no se quita. La sed de lectura.

Continuidad de las pieles

“¿Que es la lectura, sino un intercambio de pensamientos entre el escritor y el lector?”, afirma la escritora inglesa Edith Wharton en *El vicio de la lectura* (Verdehalago, 2001). Me parece una apreciación muy interesante en cuanto al acto de lectura. Tendemos a pensar que mientras leemos nos relacionamos con el libro y el mundo de palabras que el libro propone, pero en realidad estamos abriendo una conversación con el autor y con el acto creativo del escritor. Este puente tiene su misterio, quizás por eso concedemos a los libros esa dignidad, esa complicidad con nuestra educación sentimental y nuestra manera de cincelar experiencias que se añaden a las de la vida misma y que marcan nuestra relación con el mundo, nuestros callados estremecimientos. Mucho de mágico tiene el acto de leer. Aunque se esté frente a un ventanal de Ciudad de México en el siglo XXI, la ficción nos propone una verdad en un pacto silencioso donde queremos que el mundo narrativo nos convenza de su latido vital. Queremos que transcurra con ese tiempo propio, mientras las horas del reloj siguen su implacable movimiento en una tarde.

Me sorprende cómo hemos llegado a aceptar con tal naturalidad que aquel artefacto de palabras sobre papel, o sobre pantallas, tenga el poder de transportarnos al siglo de Cervantes y de traer a Cervantes a nuestro tiempo en este doble sentido que siempre es la lectura. Cómo no reverenciar el acto lector en el que nos podemos desprender de nosotros mismos para estar al servicio del universo leído, al tiempo que se da una triple conversación: con el texto, con el autor, con nosotros. Quizás observamos

la penumbra malva de la tarde como diría Cortázar en *Continuidad de los parques*, donde precisamente su personaje es un lector que se desgaja línea a línea en la trama de la novela y que no sabe que lo implica. El poder de seducción de la lectura, como se ve en este cuento, es mucho mayor que el de la vida real. Ésa parece ser la tesis del autor con quien entablamos esa conversación trezada al tiempo que leemos y estamos con el punto de vista del personaje y nos asombramos tanto como el finquero sentado en el sillón verde de alto respaldo. ¿A qué edad escribió este cuento Cortázar? ¿Pensó en la cinta de Mōbius como estructura? ¿Julio Cortázar poseería un sillón de este tipo en su casa? ¿Vio a su padre leer alguna de estas novelas románticas insulsas que lo arrebataron más allá de la participación en la vida familiar? No nos interesan las respuestas cuando leemos, nos interesa la conversación. Hay un diálogo con nosotros mismos por vía del texto, por vía de la manera en que resucitamos al autor mientras elige las palabras y mira también por la ventana frente a su escritorio y plasma un mapa textual y ficticio que probará suerte y quizás detone este puente escritor-lector donde quiera que sea, en el año que sea. Con razón los libros son templos, dan ganas de ponerles velas, aunque se quemarían, de rodearlos de flores, de apapacharlos como si estuvieran hechos de una piel que es continuación de la del escritor y la nuestra. En ellos, por ese instante de la lectura que se da mientras ocurre, nos fundimos en un pacto de profunda intimidad con un tiempo dedicado a nosotros. Qué interés tiene cuántos libros se leen al año por habitante, la cantidad no dice nada. Lo que importa es lo que pasa en el pacto lector, es la manera en que construimos un puente desde el escritor hacia ese papel virtuoso del lector.

Del amor y sus lecturas

No puedo eludir la fecha corazón, el San Valentín que asedia y que me provoca recorrer algunas lecturas donde el amor, en alguna de sus facetas, es central. Curiosamente de novelas que deliberadamente hablan sobre el amor, como aquel *bestseller*, *Love Story* que fue novedad en mi adolescencia y se acompañó con una película muy taquillera: sólo recuerdo el llanto que me provocó. Sufrió. Quizás el mejor rasero para saber si estamos ante una experiencia literaria memorable son los detalles que recordamos. No recuerdo nada de ese libro, ni al autor, sólo el llanto.

En cambio, del amor idealizado: el Quijote de Cervantes y sus acrobacias en el monte, que Sancho debía atestiguar para contarle a Dulcinea cómo su amo había perdido la cabeza por ella. No olvido la escena donde Emma (*Madame Bovary* de Flaubert) acude a comprar el veneno para ratas. La desilusión es total, la pasión romántica no es una realidad sostenible.

De los dilemas del adulterio o el amor confuso: Anna Karénina viendo por la ventana del tren que será su verdugo; la conversación a bordo del barco en la entrañable novela *La última escala del Tramp Steamer* de Álvaro Mutis o la acertada descripción del gozo sensual y su cercanía con el corazón de Constance en *El amante de Lady Chatterly* de D. H. Lawrence. *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós describe en el Madrid decimonónico los dilemas del amor de Carlos Santacruz, entre dos mujeres de clases sociales y personalidades distintas.

De la sensualidad del amor: infaltable *El amante* de Marguerite Duras (la película también es sensacional), la ternura, la

belleza, el silencio. Todo está entre esos dos jóvenes que se inician en las artes amatorias, que no están exentas de comprometer el corazón. *Dafnis y Cloe* de Longo es también una novela del descubrimiento del deseo entre dos pastores adolescentes. *El Quinteto de Mogador*, de Alberto Ruy Sánchez, celebra la belleza perenne del rito amatorio. Es libro de cabecera.

Sobre la imposibilidad de que los cuerpos se amen despojándose de la moral represora y la sexualidad timorata, cuando los años sesenta inauguraban el derecho al placer en hombres y mujeres, *Chesil Beach* de Ian McEwan. (Otras novelas de McEwan exploran las obsesiones del amor y sus consecuencias como *Amor perdurable* donde un hombre que se obsesiona con otro arguye que el destino los ha reunido cuando salvaron al niño en el globo aerostático).

Del enamoramiento: *El beso* de Chéjov da cuenta del estado alterado, de la invención del amor que resulta de sentirse elegido por un beso equivocado. En *La plaza del Diamante* de Mercé Rodoreda, el momento en que Colometa baila con el chico que será su marido, que estará en el frente durante la Guerra civil, es de una transparente dulzura difícil de olvidar.

Del amor que perdura, García Márquez nos regaló *El amor en los tiempos del cólera*, donde la escena fluvial al final de la novela acomoda los avatares de la vida cotidiana y el enamoramiento, para felicidad de Fermina Daza. (Mientras la leía bauticé así una de las muñecas de mis hijas, imitando a mi madre que puso a los perros que alguna vez tuvimos nombres de personajes de *Fortunata y Jacinta* de Galdós).

Del amor que se acaba: *La mañana debe seguir gris* de Silvia Molina es dulce y dolorosa, la joven entusiasmada y la muerte del poeta. Todo a la vez. Suave melancolía. Y el cuento *Intimidad* de Raymond Carver, cuando aquel hombre no resiste visitar a su exmujer a quien ha mandado sus artículos publicados sin cesar a lo largo de los años, y se hinca, y le toma la bastilla del vestido y dice “perdón”.

Y *El túnel* de Sábato que comienza con la confesión del protagonista de que mató a la mujer que más amaba...

Propongo que añadan los suyos: sus amores y lecturas.

Las silenciadas

Corren tiempos donde las mujeres alzan la voz, y en este alzar la voz para reclamar la inequidad que subsiste, la violencia y el abuso han puesto los reflectores desde distintas trincheras sobre mujeres precedentes, las silenciadas por la inequidad y por las circunstancias de su tiempo.

Mientras en la marquesina de la generación del 27 en España destacan los nombres de ellos, Alberti, Lorca, Prados, Salinas, Cernuda, ellas, sus compañeras de ideas libertarias, pintoras, escritoras, actrices, escenógrafas, se desdibujaron del recuento canónico y de la memoria popular. La España de los años veinte y treinta que deriva en la instauración de la Segunda República es un terreno fértil para la participación de la mujer en la educación, en la vida laboral y en el arte. El documental *Las sinsombrero*, de Tània Balló Colell, Serrana Torres y Manuel Jiménez Núñez (estrenado en el Festival de Cine de Málaga el 24 de abril de 2015), es un notable esfuerzo por desempapelar, dar luz y colocar al frente los nombres de un puñado de mujeres arrojadas, propositivas, destacadas en las diferentes áreas de la lucha social o el quehacer artístico que silenció la dictadura de Franco. El incitador título del documental deriva de una anécdota que contara la pintora Maruja Mallo que, con Margarita Manso, Salvador Dalí y Federico García Lorca, se plantaron un día en la Puerta del Sol en Madrid y se desprendieron de los sombreros para desencorsetar las ideas y la imaginación. Las mujeres que habían logrado andar camino, conseguir reconocimiento y encontrar un estilo y una voz propia tuvieron que silenciar sus pasiones o asumir

el riesgo de la cárcel y la muerte. Incluso las mujeres que se exiliaron en México, como la poeta Concha Méndez, la crítica de arte Margarita Nelken o la escritora Mada Carreño, tuvieron que abrir camino nuevamente, y varias de ellas han sido olvidadas y descarriladas de la memoria literaria de un siglo que las tuvo siempre en segundo plano, o en ningún plano. La tercera parte del documental (que se puede ver en la liga de TVEspañola) permite reconocer a varias de ellas.

Tengo frente a mí tres libros de estas voces silenciadas por el franquismo que obligaba a la mujer a recular en sus conquistas de igualdad y a “velar por la decencia y el bien de su familia desde el sagrado núcleo de su hogar”. Los *Trece cuentos* de Luisa Carnés de cuya trayectoria como narradora da cuenta el documental, publicados por la editorial asturiana Hoja de lata, son un regalo de la escritora mexicana Iliana Olmedo que se ha dedicado a estudiar y revivir la obra de mujeres españolas del exilio. *Oculto sendero* es la novela que había quedado inédita de una autora emblemática de mi infancia: Elena Fortún. Esta novela es el testimonio del silencio, entre ellos el de su homosexualidad, escrita desde el exilio en Argentina. La publica la editorial sevillana Renacimiento que ha dado voz a los silenciados durante cuarenta años en su colección Biblioteca de la Memoria. No se puede escribir sin libertad y de esa libertad de pensamiento abreva *Cantos rodados* de Pilar Rius, química de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que ha dedicado sus años recientes a la pasión por la escritura y que revela lo que fue crecer como mujer en el exilio, a pesar de pertenecer a una familia ilustrada y libre pensadora.

Si las sinsombrero expresaron sus ideas en las primeras décadas del siglo xx, si las mujeres en los sesenta incendiaron los *brassiers*, en los años veinte del siglo xxi las mujeres reconocemos a la palabra su poder y autoridad para ser leída, para ser escuchada, para dejar de ser invisibles. Tomamos la palabra.

Razones para regalar un libro

Para quienes tengan la idea de regalar un libro (literario más que informativo), comparto algunas de las razones para ello:

Un libro es tan objeto íntimo como compartible.

Regalar un libro puede significar que lo he leído y me ha parecido que vale la pena que tú también lo hagas.

O este libro me hizo pensar en ti.

O te conozco y me parece que un tema como éste te puede ser atractivo.

Se parece a regalar un boleto de avión con hotel y comida incluida. Un viaje todo pagado.

Porque tienen una portada atractiva, y pueden llevarse cerca del corazón y los ojos en las vacaciones decembrinas.

Porque se puede subrayar, enmarcar los párrafos que hacen eco con imágenes o pensamientos atesorables.

Porque el libro vive más allá de sus autores.

El libro no tiene fecha de caducidad.

Con un libro se regala futuro: se propone un tiempo que aún no ha transcurrido para que lo pasemos entre las páginas.

Regalar un libro es siempre un acto optimista. Parecemos decir: deja un pedazo de ti entre estas líneas para que hables con los vivos o con los muertos (depende del autor), con tu país y tu idioma o con otras tradiciones y lenguas.

Porque un libro es siempre un diálogo, con el mundo que proponen sus páginas y con el obsequiado.

Un libro abona para la importancia del silencio, de la concentración, de abandonar el mundo para perderse.

Un libro desata una conversación.

El libro es una aventura inesperada. Nos pone a prueba.

El libro puede ser electrónico. Es muy ecológico y hay quien ha optado por la biblioteca virtual. Ahora casi todos los libros existen en formato físico y virtual.

El libro puede ser objeto que ocupe un espacio en el librero y en las repisas del ánimo.

Los libros-objeto pueden tocarse, olerse, sopesarse.

El libro propone un guiño con la imaginación.

Y con los sentimientos, intelecto y asombro.

Un libro nos puede hacer descubrir a un autor que ya no queremos abandonar. Debería haber Tinder literario. Encuentra al autor de tus libros favoritos para seguirlo leyendo. (Muchas veces leerse es mejor que conocerse. O leerse es una manera de conocerse).

Un libro no obliga a la etiqueta, se puede leer donde queramos y con el vestuario (o sin él) de nuestro agrado. Descalzos o con botas.

Un libro nos recuerda lo humano que subsiste en nosotros.

Un libro es un espejo que no se rompe.

Tampoco trae mala suerte.

Un buen libro nunca es dogma.

Regalar un libro es descorchar un vino para quien le gusta la fermentación y el reposo de la uva.

Al libro siempre lo acompaña la insinuación del ritual lector: separador, pluma o lápiz, exlibris, qué huellas podremos dejar en él.

Un buen libro seduce.

Nos da amigos.

A un enemigo déjalo en ayuno de las lecturas que tu aprecias; el banquete lector es un acto de generosidad: escoge a los invitados a tu mesa.

De la historia a la ficción

Cuando la revista *Nexos* celebró tres décadas de publicación, pidió a los escritores mexicanos que eligieran las novelas más sobresalientes de ese periodo. La ganadora fue *Noticias del imperio* de Fernando del Paso. Una novela publicada en los años ochenta, que se refiere al singular momento en que Maximiliano y Carlota son emperadores de México, al tiempo que Juárez debe huir del país; una novela sobre un periodo contradictorio y fascinante, la evidencia trágica de nuestras pugnas entre liberales y conservadores. Un momento paradójico donde el príncipe europeo sacrificado resultó tener una actitud liberal. La investigación y la escritura de la novela le tomó a Fernando del Paso veinte años, que combinó con su trabajo como diplomático.

La Historia con mayúscula permite una gama de irrupciones a la mirada ficcional. El trabajo del novelista intenta respuestas a preguntas que se plantea, de la manera en que el historiador lo haría a través de su hipótesis. El narrador, sin embargo, se responde a través de la representación de la vida y no de los hechos; a través de los actos de los seres humanos, de sus decisiones, sus contradicciones e interrelaciones, la acción se desarrolla para que el lector la siga. Un narrador hace visible lo invisible, permitiéndonos ver detrás de las acciones, palabras, gestos.

Pero antes de meterme en los terrenos de la creación de la novela histórica, regreso al punto de partida: ¿qué reveló la encuesta de *Nexos*? Que los escritores mismos, no nada más el gran público, habían dado su voto a lo que se ha llamado novela histórica. Novela de carácter histórico, tal vez sería la mejor manera de referirse

a ella. Detrás de ella hay mucho trabajo previo, sin duda. Escenas que surgen del estudio de documentos, ensayos, ideas de otros, cuadros, fotos, tesis. Mucho hurgar en minucias de información. Y sin embargo, si se me permite esta digresión, la parte que más me conmueve de *Noticias del imperio* no son las acciones que hacen avanzar la trama en el tiempo, sino los monólogos de Carlota, una Carlota vieja y demente en Miramar. Es el tono lírico el que me hace la novela inolvidable, el resto del andamiaje y el más voluminoso nos cuenta la historia con todos sus detalles. Fernando del Paso conquistó lectores satisfaciendo el deseo de entender a la nación mirando en su pasado. Un pasado que no es claro en el recuento oficial que ingerimos desde niños en las escuelas, una manera simplificada y esquemática de contar la historia de nuestras culturas prehispánicas, tres siglos de ser Nueva España —una lección tal vez— y el resto dedicado a la Independencia y Revolución, la segunda mitad del siglo xx en un abrir y cerrar de ojos. La novela histórica llena un hueco. Se monta en ese estado de incredulidad, una nación hecha de héroes solemnes, curas que tocan la campana para la independencia, un pastor zapoteca que se vuelve presidente, una princesa maya bilingüe que traiciona a los mexicas, un criollo rebelde que gobierna como emperador durante nueve meses. Queremos ver a los “héroes de la patria” en su dimensión humana: sus fallas, sus decisiones, sus fortalezas, su arrojo, su cobardía, su poder, su ambición, sus traiciones, sus alianzas, sus ternuras, sus dolores, sus deudas, sus enfermedades, su fuerza y su fragilidad. No podemos aceptar la versión de buenos y malos para asimilar el pasado. Queremos que nuestra compasión humana, de la manera en que Faulkner hablaba de ella, sea retada por un juicio más complejo que el que la Historia ha hecho, reconocer la condición humana bajo los oleos que han congelado momentos del pasado para la posteridad.

Dice el crítico español Juan Malpartida (*Letras Libres*, febrero 2008), cuando analiza el boom de la novela histórica en

España, que no es ajeno a lo que sucede en nuestro país, entre lectores, escritores y desde luego editores, que “es un género que nos da Historia, cuando parece que la perdemos, y ficción, cuando ya no soportamos tanta historia”.

Derretir el bronce

Acogiéndonos al resultado de la encuesta de *Nexos* o no, lo cierto es que la nueva novela histórica (etiqueta de los críticos) se ha convertido en la publicación *bestseller* en México. Parte de su popularidad es que da la sensación de estarse informando (aspecto obsesivo de nuestro tiempo), información REAL, de una manera muy atractiva.

Los editores rastrean temas, novelas y novelistas que podrán ofrecer un material para que los lectores se zambullan para saciar su sed de conocer el pasado remoto o reciente, de alguna manera, formas de hacer las paces con el presente. Nuestra Revolución fue material de obras clásicas de la literatura mexicana como *Los de abajo* de Mariano Azuela o *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán. En los años cincuenta, la historia que había que contar era el presente mismo, lo que había ocurrido después de la Revolución: las figuras políticas emanada de ella, el campo mudando a la ciudad, modernismos, experimentación, el espíritu de los sesenta. Los escritores de la generación de medio siglo encarnaron estas búsquedas: García Ponce, Pacheco, Elizondo, Rosario Castellanos, Arreola y Fuentes. *Terra Nostra* de Carlos Fuentes ha sido considerada entre las novelas históricas, ya que trata de otro tiempo distinto al del escritor. Ibarguengoitia hurgó en la Historia con su entrañable humor en *Los pasos de López* o *Maten al león*. Después en los años ochenta la muy mentada obra de Del Paso pavimentó el camino donde varias generaciones de escritores contemporáneos han estado publicando. La llamada nueva novela histórica surge en los noventa y claramente

se potencia (en cantidad de miradas y propuestas) con los festejos del bicentenario y centenarios de la Independencia y la Revolución (donde fueron promovidos premios como el Grijalbo para Novela histórica que ganó Carlos Pascual con *La Insurgenta*, novela que pone una mirada humorística y crítica en la sociedad que debate sobre el destino de los restos de Leona Vicario, novela que ha tenido una buena recepción por los lectores).

El reto de la nueva novela histórica no es volver a contar la historia, sino desmitificar a los héroes, derretir el bronce, dar sentido a los rostros de los billetes que pasamos de mano en mano todos los días; poner un pie en la Historia como un invitado a la mesa. Los mexicanos, albureros y capaces de caricaturizar a la muerte, tendemos a ser solemnes y hacer de ciertas figuras símbolos intocables. No ponemos una sonrisa en el rostro de Juárez ni imaginamos la sexualidad de Moctezuma. Tal vez por ello, Eduardo Antonio Parra escogió como afortunado título para su novela sobre Juárez: *El rostro de piedra*. Es nuestro trabajo como escritores, nuestro reto, resquebrajar la piedra, encontrar la lava dentro del volcán, que los rostros gesticulen, humanizar la historia almidonada. Desde luego no podemos hacer eso sin revisar el trabajo meticuloso de los historiadores.

La literatura y la historia se encuentran

En la última década, algunos títulos han sido notables no sólo porque visitan el pasado pisando firme (este término requiere más atención), sino porque usan el lenguaje y construyen el drama y a los personajes con una intención literaria. Un novelista que escribe novela de tema histórico es, antes que nada, un novelista, y por ello un ilusionista, un embaucador como lo señala Vargas Llosa. El novelista está interesado en la forma, trabaja sobre ella y sabe que es parte de su aportación y originalidad, porque no tienen que inventar los hechos: esos ya existen. (Un aspecto que me pareció notoriamente relajante al escribir *Yo, la peor* sobre sor Juana, pero de ellos hablaré después). Encuentro especialmente interesante el trabajo de escritores mexicanos como Enrique Serna sobre Santa Anna, nuestro presidente pata de palo, en *El seductor de la patria*; Rosa Beltrán atiende con soberbia ironía el cortísimo periodo de Iturbide en *La corte de los ilusos*; o Ana García Bergua narra en *Isla de bobos* (2007) la historia increíble de las mujeres abandonadas a su suerte en la isla de Clipperton, después del naufragio de sus maridos militares, quienes intentan sobrevivir no sólo físicamente, sino dignificando su vergüenza y oprobio. O muy recientemente la novela necesaria de Fabrizio Mejía Madrid sobre Díaz Ordaz: *Disparos en la oscuridad*. O la muy bien narrada novela de aventuras de Jaime Panqueva que nos ilumina con la historia poco conocida, en un lenguaje suculento, de la relación Japón-México en *La rosa de la China*.

Llama la atención también, que el reciente premio de Novela Iberoamericano Elena Poniatowska creado por el Gobierno

de Ciudad de México, haya sido otorgado en sus cuatro primeras emisiones a la novela de carácter histórico. Álvaro Uribe fue el primero en obtenerlo por su novela *El expediente del atentado*, una afortunada visión polifónica del intento de un borracho por asesinar a Porfirio Díaz. En 2009, Hernán Lara Zavala lo recibió por su novela *Península, península*, que trata sobre la Guerra de Castas de Yucatán al comienzo del siglo XIX. En 2010, (perdón la vanidad) lo recibí por *Yo, la peor*, una novela alrededor de sor Juana Inés de la Cruz, nuestra monja ilustrada del siglo XVII. En 2011, *Inés y la alegría*, novela de la española Almudena Grandes sobre la guerrilla española después del derrocamiento de la república en la Guerra civil española, fue la ganadora. Un síntoma de la escritura, un síntoma del gusto lector, que los siguientes dos años desmienten la muy personal novela del saltillense, Julián Herbert, *Canción de Tumba* y *Las ninfas a veces sonríen* de Ana Clavel.

¿Qué es lo que de verdad ocurrió?

Sor Juana alguna vez escribió “Óyeme con los ojos”. Escribir ficción es encontrar la voz que seducirá al lector; dar ese sentido de vida, esa ilusión de realidad vargallosiana. Así que cuando el lector, preocupado frente a la novela histórica de la dosis de verdad con la que se está enfrentando, pregunta si de verdad ocurrió así, nos cuestionamos si la voz fue convincente o si fue tan convincente que el lector duda de que le estemos tomando el pelo. Hacer creer, convencer de realidad, es el arte de la ficción. Por ello, insistimos en que la novela histórica es en primer lugar ficción. En segundo, está basada en hechos documentados sobre los cuáles el escritor imagina, especula, da vida, elige posibilidades. Es la escritura de lo posible. La novela histórica que se respete debe ser seria en sus averiguaciones, en la investigación previa y pródiga en imaginación que permita vivir las escenas y dilemas de los personajes. Es siempre una versión dramatizada.

Entre la información y la imaginación el escritor establece un puente, negocia. Debe elegir qué usar, ése es su privilegio, moverse en los terrenos de lo posible.

La novela tiene su propia verdad. Eso es lo que es importante. Una verdad que comparte. Y en esa su verdad y la sensación de que se está contando una verdad que documenta el pasado hay un *click* probable con el lector ansioso (como lo está en este tiempo de información, de creer saber qué terreno pisa). Sucede lo mismo, en otro terreno, con el empeño de enseñar “valores”, de hacer un discurso independiente sobre ellos, cuando los valores son intrínsecos a la obra literaria. La condición humana al

centro, qué mejor pozo de donde abrevar para cuestionar la honestidad, el bien y el mal, la integridad, la traición, la nobleza, entre otros. Pareciera que un empeño esquemático, de PowerPoint lector, rondara nuestra relación con el mundo actual que nos confunde y nos reta. Tanta tecnología y tantos problemas. ¿Cómo va a ser un problema el entendimiento? La ambigüedad de la condición humana es un terreno sobre el que siempre se insistirá desde la escritura, desde el arte; del otro lado, el lector tendrá que ser un necio abrevador de su sabiduría, de su propia conciencia de incertidumbre. La novela histórica se inscribe en el genuino deseo de comprender el pasado que legitime nuestro presente y la sed de asombro por las hazañas de lo humano.

Escribir *Las rebeldes*

Durante la Revolución Mexicana, un grupo de mujeres de Laredo y Nuevo Laredo, en la frontera de Tamaulipas y Texas, tuvo un papel fundamental en el apoyo a la lucha carrancista, en la defensa del español en la educación de los de origen mexicano en Estados Unidos y en la participación de la mujer en acciones progresistas. Defendieron sus ideas a través de la escritura y en la acción. Leonor Villegas (Nuevo Laredo, 1876-1955) fundó con el apoyo de Jovita Idár —a cargo del periódico *La crónica* en Laredo—, y la enfermera estadounidense Lily Long, la Cruz Blanca Constitucionalista para atender a los heridos revolucionarios, ya que la Cruz Roja se dedicaba a los federales. Entre mexicanos y tejanos, formaron la primera brigada de la Cruz Blanca Constitucionalista, que participó en la Revolución de México.

Un viaje a Nuevo Laredo, Tamaulipas, en 2009, me rebeló la existencia de Leonor Villegas de Magnón. Leí la memoria que escribiera tanto en español como en inglés y que no pudo lograr publicar en vida, ni durante la vida de su hija; fue su nieta Leonor Smith que, mediante el programa de Recuperación del legado literario de los hispanos (*Recovering the US Hispanic Literary Heritage*, en inglés) en la Universidad de Texas logró la publicación de las dos versiones (Leonor era bilingüe, hija de una familia acaudalada del norte de México, había estudiado con las Ursulinas en Nueva York) y donó el archivo personal a dicha institución. En el archivo tuve el privilegio de consultar documentos de primera mano: cartas, fotografías, telegramas, notas, recortes

de periódicos que revelaban un mundo que debía ser contado más allá de lo consignado en las memorias tardíamente publicadas. El reto literario se abrió franco y me propuse, ante el desinterés en el propio recuento de Leonor sobre su participación y el de un grupo de periodistas, doctores, enfermeras, telegrafistas, en la gesta revolucionaria, entender aquel momento (entendiendo la escritura de ficción como una herramienta de conocimiento). No sólo Leonor había sido sujeto de olvido, había perdido todas sus posesiones y herencia, sino que su fotógrafo oficial, Eustasio Montoya, también padeció el desdén cuando nadie compró los pies de película que había filmado entre las batallas de Carranza y Villa. Con todo ello me fui tropezando cuando indagué sobre los participantes en la Cruz Blanca Constitucionalista, que luego fue Nacional. La Biblioteca de Laredo, el archivo de la Universidad de Houston, varios libros sobre la División del Noreste en la Revolución mexicana, así como testimonios y memorias, incluida la de la propia Leonor, fueron los recursos de los que abrevé para construir la novela titulada *Las rebeldes* (México: Grijalbo, 2011).

LEONOR VILLEGAS CUENTA ELLA MISMA

Leonor Villegas de Magnón escribió dos memorias, la primera en español, la segunda en inglés, tituladas respectivamente *La rebelde* y *The Rebel*. Ninguna fue publicada en vida de Leonor. Por más cartas que mandó a autoridades mexicanas y editoriales de ambos países, pensando que el recuento de las hazañas de la Cruz Blanca Constitucionalista, luego Nacional, de ese puñado de mujeres iba a interesar a alguien. Entre una y otra versión median veinte años y no son idénticas. Es decir, la memoria de

Leonor a veinte años de distancia recuerda o precisa de otra manera. La ayuda de una transcriptora fue muy importante en este proceso. Hubo preguntas. La memoria está narrada en tercera persona. Leonor Villegas se llama a sí misma la rebelde, nombre que le puso su padre cuando siendo una criatura y durante un cateo a su casa, ella lloró y los federales demandaron que mostrara a los rebeldes a los que encubría. “Miren, aquí está la rebelde”, dijo el padre y a Leonor le gustó llevar ese nombre que se ajustaba bien a su actitud contestataria. Mujer inquieta en Ciudad de México simpatizó con las ideas de Madero y fue amiga de Sánchez Azcona. Cuando volvió a la frontera, como periodista publicó en *La Crónica*, que dirigía Nicasio Idár, padre de su amiga Jovita Idár, otra periodista y defensora del español en la enseñanza escolar de Texas. Entre las dos fundaron un kinder. La muerte de Madero y el alzamiento de Carranza en el Plan de Guadalupe fue el vehículo perfecto para que la energía de participación y las convicciones políticas de Villegas de Magnón tuvieran un cauce, atendió heridos en las batallas de Nuevo Laredo y luego los llevó a su casa en una segunda batalla para atenderlos y liberarlos clandestinamente. Carranza la llamó a sus filas y con la Segunda Brigada de la Cruz Blanca (CB) se reunió con él en Ciudad Juárez. El anecdotario de esa contienda esta narrado desde la óptica de la revolucionaria y en el tono de constante apreciación y conminación al reconocimiento de la entrega, particularmente de las mujeres que no fueron reconocidas, aunque en la Cruz Blanca también participaron los hermanos Idár, Federico y Clemente, el fotógrafo Eustasio Montoya, fotógrafo oficial de la Cruz Blanca Neutral (CBN) que sufrió el mismo destino de olvido, marginación y pobreza que Leonor Villegas de Magnón que al final de su vida solicitó múltiples empleos para atender por fin la oficina de Geografía y Estadística de... y morir en Ciudad de México en 1955, entre otros.

Ambas memorias fueron publicadas a través del programa de Recuperación del legado literario de los hispanos de la Universidad de Houston, las precede el estudio ilustrativo de Clara Lomas, quien pone el acento en la cualidad autobiográfica del texto y sus particularidades. Como escritora, las memorias de Villegas de Magnón sin duda satisfacían una parte de lo que la novela requería. Había un punto de vista, un anecdotario jugoso, nombres, y trayectos; incluso una cronología a la que yo sumé los hechos fuera del encuadre del recorrido de la CBN. Pero la novela, con una ambición literaria, tenía que dar cuenta de algo más allá de la narración y necesidad de reconocimiento personal que movió la tarea de escritura de Leonor. La novela quería dar cuenta de una historia de anónimos a través de ojos y experiencias distintas. Para poder ver a Leonor necesitaba leer entre líneas y sumar la experiencia de otros posibles. Opté por idear a una posible enfermera, la que no sale en las fotos de Eustasio Montoya, una nieta de mexicana e hija de estadounidense. Una *gringa* como varias de las implicadas en la Cruz Blanca. Lily Long, enfermera a la que se refiere constantemente Leonor, fue mi sustento, decidí fabricarle una sobrina.

La novela histórica o basada en hechos históricos se mueve en el terreno de lo posible, su reto finalmente es la vida, la persuasión de una realidad palpable que se sume a la experiencia del lector. Yo necesitaba ver a ese puñado de hombres y mujeres olvidados que se insertaron sin saber su fin ni el lapso de tiempo que les ocuparía en la etapa carrancista de la Revolución (1912-1914). Por eso, Jenny Page fue idónea, porque escribía y quería ser periodista, como varias de las mujeres de frontera de su tiempo. No dominaba el español escrito ni entendía muy bien la intención de la contienda en la que iba a participar. Por ello, le sucederá lo que ideé. Aquello que la hace dejar la contienda, a Leonor, la frontera del Río Grande e irse a los grandes lagos, lo más lejos de su mitad mexicana. Pero el olvido no es posible, regresará y se encontrará

(éste es el artificio que elegí para la escritura) con el mandato de Leonor Villegas a su muerte, escribir las memorias de la Cruz Blanca. Leonor ha dejado una caja que contiene los manuscritos (que formarán parte de *Las rebeldes*) y su archivo personal: fotos, recortes de periódicos, cartas, telegramas, discursos. Todo aquello, que gracias a la donación de la nieta Leonor Smith, al programa citado de la Universidad de Houston pude revisar. La novela tenía entonces que dar cuenta de Jenny y lo que ella vivía, y de Leonor y la saga de la Cruz Blanca, además del mundo de contradicciones y emociones en medio de generales, batallas perdidas y ganadas, enfermos, muertos, fiestas y kilómetros a traqueteo de tren que se recorrían para entrar triunfalmente con Carranza a la ciudad el 20 de agosto de 1914.

El archivo personal de Leonor, microfilmado para su revisión, en cajas para su apreciación, fue indispensable para intuir un mundo secreto. ¿Qué se guarda y por qué se guarda? Los tonos, las temperaturas, los silencios y una carta privada firmada por Felipe Ángeles, el militar de escuela, el gran estratega artillero que Carranza desdeñó y Villa aprovechó, que fungió como bisagra para la trama. Las fotografías de Eustasio Montoya, de quien encontré muy poca información revelaron rostros, poses, paseos con Carranza, días de campo con el Primer Jefe e Isidro Fabela, uniformes, bandas en el brazo con la cruz en blanco. Una ventana para ver y una manera de dejar memoria. La conciencia de dejar memoria fue ocupando la novela. De no haber sido así, Leonor Villegas no hubiera escrito sus memorias, ni hubiera pagado un fotógrafo, ni hubiera guardado con minucia las notas de sombreros, material de curación, hoteles, entre otras cosas.

Para contar, para dar vida a una ciudad en un tiempo que no nos tocó vivir es preciso recorrerla y encontrar las huellas de lo que fue. Eso es lo que me ocurrió con Laredo, lugar desde donde Leonor observó las batallas del lado mexicano que ganaban los federales y el posterior incendio de la ciudad cuando perdieron la última y la abandonaron. Por eso, no hay archivos que consultar en Nuevo Laredo. En cambio, la ciudad americana donde los hermanos Villegas tenían la tienda de abastecimiento local y su hermano llegó a ser alcalde, conserva algunas de las viejas casas estilo victoriano que dan cuenta del tiempo en que Leonor Villegas, Lily Long y Jovita Idár vivieron y lideraron la Cruz Blanca Constitucionalista. Caminar por las calles y frente a algunas fachadas con la conducción de un conocedor, el bibliotecario de Laredo fue muy ilustrativo, así como la consulta en la biblioteca.

En la hemeroteca, pude leer y anotar el registro de esas batallas específicas según el *Laredo Morning Times* o *La Crónica* o *El Progreso*, ambos diarios de Laredo. En la consulta de los censos microfilmados de 1910 encontré los que correspondían a los Villegas y pude saber quiénes eran sus vecinos y quiénes vivían en las casas. Pero el privilegio mayor fue encontrar entre los papeles reservados un plano de la ciudad del primer decenio del siglo XX, donde se especificaban no sólo los nombres de la ciudad sino la vocación de los locales: panadería, peluquería, talabartería, *saloon*, teatro, entre otros. De tal manera que tuve un croquis en miniatura para mover a mis personajes e imaginarlos cruzando a uno y otro lado de la frontera ya sea en barca o a través del puente. Los pude hacer entrar al Elefante negro a beber una cerveza o que Jenny fuera convocada al consulado de México en la calle precisa y bajo la fronda de ciertos árboles que la protegían

del calor pesado del verano. Un directorio telefónico con el listado de apellidos y domicilios y anuncios de ropa importada, servicios de aduana, entre otros fue importante para ilustrar esa vida fronteriza, comercial y en la escala que le tocó vivir a Leonor Villegas en los años de la fundación de la Cruz Blanca.

Quise tener la experiencia de mirar desde el lado estadounidense a Nuevo Laredo, como lo hicieron durante las batallas Leonor y las enfermeras y los habitantes de esa ciudad con binoculares desde los techos de sus casas. Me hospedé en un hotel al borde del río, en el edificio de lo que fue el *High School* de aquellos años. Supe que Jenny Page, como yo lo hacía ahora, iría allí para recordar sus años antes de irse con la bola, de revolucionaria improvisada y a contrapelo de los deseos de su padre que desdecía de los mexicanos aunque le gustaba su camaradería y disposición a la fiesta.

CONSTRUIR PERSONAJES, ESCRIBIR LA HISTORIA

Leí sobre el Ejército del noreste a cargo de Pablo González, tan poco querido por Pancho Villa, Lucio Blanco y la historia, pero muy apreciado por Venustiano Carranza, compañero de banca en Lampazos, cerca de su natal Cuatro Ciénegas. Era necesario conocer el frente para contrastar con el recuento que hacía Leonor de los avatares de las enfermeras. Había que dar contexto, voz, contradicción y luz al sinfín de emociones, juegos de poder y asuntos domésticos que ocurrían a la par que la brigada avanzaba hacia el triunfo y la capital del país. Había, y aquí el reto más difícil, que conocer o inventar a Leonor Villegas de Magnón más allá de la que quería ser en las páginas de su memoria. Había que despeinarla, ver los lados oscuros de un personaje ambicioso.

Esa es quizás una de las dificultades mayores al trabajar con personajes entronizados por su obra, el tiempo (sor Juana Inés de la Cruz, para la escritura de *Yo, la peor*) o por el testimonio que dejaron de sí mismos (el caso de Leonor).

Encontrar la estructura de la novela, su diseño, saber quién cuenta y cómo se mueve en el tiempo lo narrado permite pisar sus aguas. Esa decisión es esencial para entrar en materia narrativa. *Las rebeldes*, cuyo título hace eco a la propia memoria de Leonor Villegas de Magnón, se refiere a todo el grupo que convocó Magnón pero en el ámbito de la novela particularmente a las dos protagonistas cuyas voces y perspectivas se trenzan para contar desde la primera voz la versión de la hipotética aspirante a periodista, la ficticia Jenny Page, y desde la tercera (lo que escribe Jenny Page) la saga de la Cruz Blanca con diversos protagonistas. Leonor es vista desde la distancia espacial y temporal que implica el narrador en tercera persona; y desde la óptica particular, cercanía y juicio de Jenny Page que la recuerda y se recuerda en el tiempo que compartieron y la comprende desde el tiempo en que revisa sus papeles, escribe. El tiempo ha pasado y Jenny Page puede mirar a Leonor y el pasado de otra manera. A la par que lleva a cabo la encomienda de escribir lo que en el tiempo de la revolución no interesó ser publicado revisa las pasiones y los motivos de aquel grupo de mujeres y de ella misma. Esta estructura a dos voces fue comparsa de las preguntas que me surgieron a la luz del material revisado y me permitió estar en aquel tiempo y desde los cincuenta revisando, viviendo e intentando dar sentido a una épica que había caído en el olvido.

De alguna manera, muertos cada uno de los actores del movimiento revolucionario que apoyó y siguió Leonor y el cuerpo de enfermeras, periodistas y espías (Felipe Ángeles fusilado —por Carranza—, Lucio Blanco traicionado en el río Bravo, Carranza emboscado por sus enemigos), la gesta heroica reveló un tinte de despropósito, un conflicto de poderes y traiciones

que dieron lugar a las muchas revoluciones de la Revolución. La participación de estas mujeres (y los hombres que las acompañaron) olvidadas, se suma a lo que la novela me hizo evidente, el despropósito, las vidas al servicio de algo que finalmente les dio la espalda. Ese fue el caso de Leonor Villegas de Magnón, Eustasio Montoya y los anónimos a los que la novela da voz.

Parte II
El paso del tiempo

Después de la madurez

La madurez referida a una etapa de la vida es un término que me confunde. Tal vez comienza alrededor de los cuarenta, pero termina en algún momento. ¿Qué sigue después de la madurez? ¿A los sesenta años de qué etapa estamos hablando? Todo esto porque he escrito sobre un grupo de amigas que celebran sus seis décadas y eso las coloca de cara a la siguiente década. No son ancianas, ni se nombran así, tal vez porque la mente y el cuerpo no registran el paso de los años de la misma manera, o porque la palabra da miedo, es más limpia que vieja, y sin embargo suena elusiva e incorrecta. ¿Añosas? ¿Tercera edad? Nada me convence, nada me gusta. Tal vez no hemos salido del clóset de la dorada juventud o madurez para admitir que el tiempo no está de nuestro lado, pero que lo llevamos puesto, para bien y para mal. Cuando indago en los personajes literarios añosos (el término tiene estatura arbórea), encuentro sin problema protagonistas masculinos icónicos, complejos, y con más dificultad mujeres. Allí está Lear en primera fila con sus dilemas de pérdida del poder porque sus facultades han disminuido, y con ello sus sentido común, o el pescador de *El viejo y el mar*, de Hemingway, que pone a prueba sus destrezas físicas en la batalla con el pez prendido del anzuelo. La batalla no es con el animal, es con él mismo, con la juventud que se le ha ido y la sabiduría que lo asiste. Los viejos en la literatura tienen esos dilemas frente a las facturas del tiempo y la sabiduría aparece como la ganancia. Kawabata encara la pérdida del papel de jefe de familia con el protagonista de *El rumor de la*

montaña y Hernán Lara Zavala ha escrito recientemente *Macho Viejo*, también en ese sentido.

Hago un esfuerzo por citar protagonistas *aedadas* (palabra sefardí que aprendí de Myriam Moscona en la entrañable *Tela de sevoya*, por cierto la abuela, desde los ojos de la niña, es una mujer mayor y cruel). Las viejas en la literatura son locas o malas. La más evidente es *La Celestina* con oficio de alcahueta, que las mañas de la edad le permiten ejercer. Si acaso pudiéramos pensar en Clarissa Dalloway, resulta que tiene la misma edad que Virginia Woolf cuando escribió la novela, cuarenta y pocos. Claro, la edad es relativa a las épocas y ser adulto mayor en el siglo XXI, cuando la expectativa de vida sobrepasa los ochenta, no es lo mismo que en otros siglos. Los mayores de ahora no son los mayores de entonces. Don Quijote, que “frisaba [...] los cincuenta años”, era un hombre mayor en el siglo XVII, no un maratonista como puede ocurrir ahora. ¿Qué mujeres literarias memorables frisan los cincuenta años? Para el amor, las icónicas Anna Karénina y Emma Bovary, tienen la juventud que les permite el riesgo, el enamoramiento y dar la vida por ello. El costo de su inconformidad es muy alto. Y allí está Aura, esa anciana-joven, quizás la más clara dualidad de lo grotesco del paso del tiempo, de sus efluvios y confusiones que Carlos Fuentes nos dejó para siempre.

Hay una vieja que se distingue de los colectivos de niños, hombres y mujeres —en ese orden— que descubren al ahogado más hermoso del mundo en el siempre recordado cuento de Gabriel García Márquez. Las mujeres eclipsadas por su corpulencia y sus partes generosas suspiran y fantasean, son incapaces de ponerle un nombre. Sólo la vieja que por serlo es menos apasionada (nos dice el narrador) puede llamarle Esteban, porque tiene cara de llevar ese nombre. El tiempo le confiera autoridad.

La película que acabo de ver, basada en la bellísima novela homónima, *Y llovieron pájaros* de la quebequense Jocelyn Sautier (aunque es una buena versión de la novela no ofrece los

subrayados que el libro siempre permite), me devuelve una *aedada* que renace; memorable no por bruja como la madrastra de Blanca Nieves, la Dorian Grey de las mujeres, sino por las decisiones que aún puede tomar. Marie-Desniege a los setenta y seis años estrena nombre y vida entre el trío de ancianos que se ha recluido en el bosque para vivir y morir como a ellos les plazca. Se trata de decisiones y cicatrices, de agradecer la visión del bosque amenazados de incendios. Se trata de paladear la generosidad de vivir con dignidad. Se trata de encontrar la belleza en las palabras anciana, vieja, mujer mayor.

La mudanza

Mudarse es inventariar la vida. Es revisitarse. Desconocerse y palpar el paso del tiempo y sus formas cambiantes. Es encontrarse con tarjetas de presentación que ya no se usan pero llevan tu nombre y las ha diseñado tu hija y no quieres tirarlas a la basura. Mudarse es tirar un poco de uno a la basura. Y, aunque te resistes con las fotos, decides salpicar el basurero de tiras de negativas, con imágenes que ya nadie verá. Y luego están los fóliders, decenas de fóliders que resguardan impresos que ahora habitan, si es que habitan todavía, la computadora. Y las calificaciones escolares y dibujos de las hijas niñas. Guardamos la historia que nos precede: laboral, creativa, familiar, amorosa, secreta, íntima. Y el día que la mudanza la violenta, tomamos decisiones. ¿Quién habrá de revisar nuestros cajones el día de nuestra muerte?, ¿quién decidirá sobre nuestros textos y objetos? Todavía es mío el privilegio. Me topo con los guardados de mi propia madre, decantados de entre una y otra revisión por la pulcritud que la caracterizaba. Ahí está esa carta de sus quince años en la ciudad de Oaxaca con una familia amiga de la suya. Encuentro a la adolescente asombrada, juguetona, haciendo bromas a los hermanos. Me vuelvo a preguntar qué hay que salvar de la hoguera personal. Pero estoy hablando de la muerte y una mudanza es una renovación, que exige el sacrificio de alguna parte del pasado. Una mudanza es mudar de piel y ponerse en carne viva dispuesto a vestirse con un paisaje renovado, con otros ruidos, otra luz, otros vecinos, otras costumbres, otros problemas, otra manera en que llegue el aroma del café a la habitación.

Una mudanza convoca las mudanzas anteriores. La de vivir fuera del ámbito familiar en los años jóvenes, la de la vida en pareja recién inaugurada, la forzada por el sismo del 85, la forzada por la mudanza de los padres, la inevitable y dolorosa por la separación de la pareja. Siempre la invención de estados de vida con su proyección de futuro y su estela de pasado raspando el piso como los botes de los coches de los recién casados. Uno no se puede ir de puntitas sin que nadie lo note. La mudanza es alharaca. Cuánta caja con libros. Qué difícil desapegarse de ellos. La biblioteca personal es nuestro tablero de salvación, los libros son boyas para encontrarnos y extender el tiempo hacia los horizontes que todavía no hemos tocado en la lectura. El más allá está en el librero. No podemos despojarnos de ese horizonte ni convertir la biblioteca en un museo de lecturas. Y las libretas, tantas libretas, tanta tinta echada, por aquí, por allá, que a nadie le va a importar. Es preciso verterlas como cascada de tiempo sobre la indiferencia del basurero. Y aún así, por más ligereza que busquemos, arrastramos ataduras como los cimientos que no se pueden demoler. Mudarse es hacer una limpia no sólo de objetos sino de adentro. Y uno es muy agarrado. Cuánta revista cuenta nuestros pasos. El basurero engulle goloso los artículos con los que nos hemos ganado la vida y uno que otro lector. El clóset es más fácil. Observo que hace más de cinco años que mi cuerpo no se enfunda en ciertas prendas, que mi cuerpo ya es otro, y construyo una pequeña montaña. Salvo del desprecio algunas prendas, herencias insensatas que me permiten narrar a la familia.

No quiero mudar al polvo que ha revoloteado en este mover de trebejos. Que se asiente y se vaya, que permita estrenar la nueva piel en tal vez el postrer anhelo de vestir el paisaje de todos los días de una forma diferente.

La reina ha muerto

Cuando nací, la reina ya estaba ahí. Cuando nació mi nieto, la reina aún seguía ahí. Una institución, un símbolo. No sé cómo llamarle. Su presencia ha sido una sombrilla que abarca los siglos XX y XXI: un referente. Yo la miraba joven cuando existían las revistas *Look* de gran formato y *Life* en español. Las fotos de la monarquía británica ocupaban portadas. La veíamos en África, visitando los países de la colonia británica cuya independencia atestiguó, después la serie *The Crown* (con la magnífica actuación de Olivia Colman, emulando esa forma de sentarse de lado, rodillas juntas, manos sobre el regazo) nos la acercó de carne y hueso en el drama, que significó gobernar desde los veintiséis años cuando no era el rol que le tocaba, pero su tío Eduardo renunció al trono para tener otra vida al lado de Wallis Simpson. Una Isabel que tuvo que prepararse y siempre estar sonriendo, bien puesta y presentable, porque su imagen era un sostén de la posguerra, una especie de columna moral, o tal vez daba la sensación de que mientras todo cambiaba afuera había algo de lo que todavía uno se podía agarrar. La serie también nos mostró, ficcionalizado o no, lo que significaba para Felipe de Edimburgo ser el príncipe consorte. Siempre bajo la sombrilla de Isabel II como el país entero, como Diana que se volvió el ídolo de todos y que murió trágicamente mucho antes que la reina, porque la reina gobernó setenta años. Hace poco que ocurrieron los festejos del jubileo y, ya lo han resaltado los medios, numerosos primeros ministros, olimpiadas y papas pasaron frente a sus ojos. La corona. También la conocimos con cierta intimidad en

la espléndida interpretación que Helen Mirren hizo de su majestad. Supimos de su amor a los perros, su debilidad por los caballos. Una mujer que tuvo que comprender el mundo de manera intempestiva, hilvanar las sonrisas de su familia, los desmanes de su hermana, para la foto. Siempre en la foto mostrando que todo iba bien en Palacio hasta cuando no iba bien. Las multitudes mostraban su respeto y lloraron a Diana, cubriendo las rejas del palacio con flores como ahora lloran a su reina. Alan Bennett escribió una gran novela en donde la reina descubre su apetito por la lectura, gracias a las recomendaciones del bibliotecario de palacio, y va descuidando sus funciones; no se quiere levantar de la cama sólo quiere leer: *Una lectora nada común*. Imperdible, con ese humor inglés que no deja de persistir debajo de las formas. Si no, quizás no hubiéramos sido testigos de la popularización de la imagen de Isabel II. De su asociación con elementos de la cultura popular inglesa. Y todo ha de cambiar, desde su efigie en las monedas de Inglaterra y los países miembros del Commonwealth.

La reina Isabel todavía estrechó la mano de la nueva primera ministra inglesa Liz Truss. Porque eso es lo que había que hacer, no importa que te faltaran veinticuatro horas para morir. Eras una reina hasta el último momento ya sin Felipe pero siempre con el sombrero, el abrigo y la bolsita que te encorsetaban y mantenían derecha frente a todos, nombrando Sir lo mismo a Mick Jagger que a Bono. Ahora que el cuerpo enjuto en los noventa y seis años de Lilibeth será acompañado en las ceremonias de diez días hasta su funeral en Westminster me pregunto qué será de su ropa. Como he dicho en mi más reciente libro, *Últimos días de mis padres*, la ropa que queda de los muertos en las perchas es un fantasma, es el recordatorio más claro de la ausencia. ¿Harán un museo con ella? ¿La usará Camila? La reina era también su estilo, como son siempre los símbolos que no pueden mutar en el tiempo. Esa fue su condena y el privilegio de sus

súbditos. Una nación entera guardará silencio al unísono, y a mí su muerte también me produce congoja. *God Save the Queen*. La frase ya no tiene sentido.

El comienzo del fin

Los Rolling Stones volverían a dar un concierto en Hyde Park, recordando aquél en la capital inglesa en 1969, días después de la muerte de Brian Jones. Cuando supe de ello, mi amiga Patricia y yo nos entusiasmos y dijimos que iríamos. Era julio del 2013, pagaríamos el avión y el costo del boleto, que no distaba mucho de los lugares preferenciales del Foro Sol que no pude comprar la primera vez que estuvieron Sus satánicas majestades. Nos fuimos a cenar para celebrar nuestra decisión, por la mañana haríamos las gestiones. Era nuestra peregrinación generacional, tocaríamos base con quienes arrullaron nuestra adolescencia y amamantaron nuestra educación sentimental con su ritmo, su desgarre, su voz. *Start me up*. Al día siguiente nos dimos cuenta que el concierto ya había pasado. La miopía emocional y la complicidad de mi amiga me habían hecho leer la nota equivocadamente. Saber que hubiéramos estado entre la multitud londinense reverenciando a esas cuatro piedras rodantes me confirmaba cuánto estaba dispuesta a hacer por ellos. Todos necesitamos una épica. Ya les había manifestado mi devoción con aquel libro de cuentos *Ruby Tuesday no ha muerto*. Ellos me la habían devuelto cuando en el segundo concierto que dieron en Ciudad de México, *Bridges to Babylon*, en esos buenísimos lugares que consiguió mi amigo Mauricio, cayó a mis pies la uña que Keith Richards había lanzado por los aires. Una lengua y una boca me recorrían desde el dedo gordo hasta los ojos incrédulos, entre la envidia de los demás y mi regalo posterior al artífice de nuestra estratégica localización tan cerca del grupo,

(en la foto del periódico que guardo podemos distinguimos mi hija mayor y yo). Fue la penúltima vez que los vi como habían sido durante casi cincuenta años. En una reunión familiar, muy cerca de navidad, alguien me preguntó qué es lo que me gustaría que me regalaran. “Un boleto para el concierto de los Rolling que vienen en marzo”, dije. Mis hijas deben haber cruzado miradas y sonreído porque habían acertado. Las tres disfrutamos de América Latina Olé entre una audiencia de contemporáneos suyos y míos.

Ahora, tristemente sé que fue la última vez que vi a Charlie Watts, siempre sereno, discreto: el único con el pelo blanco y una sonrisa ladeada. Desentonaba con el cliché del baterista que se descompone y agita la cabeza con cada golpe de las baquetas. A su muerte me entero que vivía en una granja, que seguía casado con la misma mujer desde 1964, que ella cuidaba caballos: que le sobreviven la viuda, una hija y una nieta y que escribió un libro para niños sobre Charlie Parker, además de formar varios grupos de jazz y tocar en espacios íntimos. Tan callada su vida privada, tan claramente músico que la fama nunca lo descolocó.

Alguna vez en una discusión le dijo a Jagger, después de que éste le llamó “mi baterista”, más bien “tú eres mi cantante”. Cincuenta años de vida de un grupo no pueden transcurrir sin algún conflicto, pero los Rolling Stones han permanecido contra viento y marea. Han sido nuestra piedra de toque, un referente que no puede desmoronarse. Esa energía derrochada en el escenario y en sus nuevas grabaciones conovoca la nuestra. No podemos obtener satisfacción y ellos lo habían expresado por todos. La muerte de Charlie Watts nos enfrenta a la inevitable caducidad de las vidas. Aunque tuviera ochenta años, nos descompone; se suponía que los Rolling Stones eran eternos. Con el comienzo del fin colocan a toda una generación frente al paredón. Son nuestro espejo.

Adiós, Charlie Watts.

El día que murió la música

A María José

Mi hermana y yo solíamos poner el disco una y otra vez. En la carátula: la cabeza de Keith Jarrett con abundante pelo, inclinada hacia adelante en una reverencial intimidad de su cuerpo con el piano. Es *The Köln Concert*. El Concierto de Colonia, pero le llamábamos por el nombre del disco. No sabíamos nada de la historia de esa grabación, pero nos gustaba que acompañara nuestro apetito de vida en la década de los setenta. Lo sigo escuchando con frecuencia, porque me vuelve a envolver la cadencia, casi letanía, de un tema que late en el centro y que se expande y contrae, como una marea plástica, un vaivén entre mirar el cielo y mirarse cuerpo adentro. Me caldea el ánimo y me da melancolía. Hay una sensación de arrebató y de arrullo, y uno puede escuchar como los dedos de Jarrett acarician o golpean, toman o abandonan las teclas blanco y negro del piano que lo extiende como si él habitara la caja torácica del instrumento. Ahí está la respiración del músico, algunas exclamaciones, casi el sudor goteando sobre el marfil, revelando un trance singular de júbilo y asombro. El Concierto de Colonia toca una fibra viva y misteriosa, tan íntima como entonada con la comunión colectiva. Su manera de tocar nos excluye y nos convoca.

Lo escucho en mi memoria y me vuelvo a emocionar como a los veinte años, cuando el disco grabado en vivo, en la sala de la Ópera de Colonia, salió a la luz. Cuatro millones de copias vendidas. El jazz y el blues, Schubert, Satie parecen todos convocados en ese punto tan preciso donde las manos y el piano producen lo inefable. El misterio de la improvisación. Keith Jarrett estaba

haciendo una gira de conciertos en los que dominaba la improvisación, lo había hecho en Berna, Bérgamo, Génova. Llegó desde Zurich a Colonia, cansado por los 600 kilómetros recorridos, y dispuesto a encarar el compromiso frente a un auditorio de mil 400 personas. La promotora del concierto, Vera Brandes, era una adolescente de diecisiete años; mucho tuvo que ver su entusiasmo para que el pianista, frente a un piano que no tenía el sonido del Bösendorfer 290 que había pedido, accediera a tocar. Tenía que dar más, así lo pensó mientras intentaba remontar el sonido metálico del instrumento. Sin embargo, durante una hora y cuarto produjo esa música memorable, quizás el mejor concierto de su historia. Hay un Keith Jarrett después *The Köln Concert*.

Keith Jarrett dio una entrevista en la que reveló que las embolias recientes ya no le permiten más que mover la mano derecha y mal, que agradecía si acaso podía levantar la taza de café; que como consecuencia de ellas a veces ya no recuerda partituras para recrear en el piano. Es una forma de la muerte para quien, a los setenta y seis años, después de sentir, respirar, estar, comunicar y conmocionar a través del piano, ya no lo podrá hacer más.

Volveré a escuchar *The Köln Concert* reteniendo el aliento como cuando lo hice por primera vez tomada por su oleaje musical, con pena por las manos que han abandonado al músico y en eterno agradecimiento a Jarrett. Si no conocen *The Köln Concert*, dispónganse a escucharlo y entenderán mi duelo.

De encierro a encierro

Nos dicen que conectemos con nuestro niño interior. Como si de ahí pudiera manar un candor perdido, una algarabía desenfadada, el aleteo de la curiosidad bajo el polvo. No tuve que hacer mucho esfuerzo para lograrlo. Me explico, tengo el virus de moda y estoy en encierro. Dos dosis de vacuna de por medio atenúan la gravedad (aunque ya deberían habernos puesto la tercera, la efectividad sí disminuye a los seis meses, como reloj). Y resulta que esa niña que enfermó de hepatitis a los nueve años, a la que aludo siempre que narro mi relación con los libros, está más cerca que nunca. Me asomo por la puerta de la recámara en la casa de Coyoacán y la veo tumbada con la mirada perdida en los geranios del balcón. ¡Dos meses!, pienso, ...y con nueve años. ¿Cómo puede?, si a mí estas dos semanas ya me están pareciendo una eternidad. ¿En qué piensa? No creo que morir le cruce por la mente. La vida es todo, lo demuestran esas flores. La hepatitis si es grave, si se te ocurre ponerte a brincar, como supo lo hacían algunos niños enfermos porque entonces no había vacuna para la Hepatitis A, las consecuencias podían ser nefastas. Desde esta trinchera, desde la puerta del tiempo donde te contemplo, sí pienso en la muerte. La inesperada aparición del virus letal ha arrastrado muchas vidas.

Te miro plácida y aburrida, en tu isla-cama de la cual has dicho te salvó la lectura de *Robinson Crusoe* y Pepita Gomiz que ponía en marcha la televisión a las 3:30 de la tarde. ¿Pero cómo eran tus días? Porque cuando te descubrieron los ojos amarillos y estabas con tus primos y tu madre embarazada de tu hermano

menor (qué aun no sabían era hermano), todos se tuvieron que inyectar gamaglobulina y a ti te aislaron. Te destinaron platos, vasos y cubiertos sólo para ti. Las sábanas se amarilleaban y deberían ser lavadas por separado. ¿Entraba tu madre a tu habitación? ¿Dejó de darte un beso durante esos dos meses en que no hacías más que crecer dentro del pijama que se te quedaba corto? Debió sufrir tu madre de verte enferma y tener que proteger el buen curso de los seis meses de embarazo. “Por aquí”, le diría semana a semana a la enfermera que tomaba la muestra de sangre para luego reportar bilirrubinas y transaminasas. Era larga la espera y era largo el día. Lo mejor era el momento en que tu hermana llegaba de la escuela y se sentaba aquí en el quicio de la puerta desde donde ahora te contemplo y te platicaba. Te contaba qué había ganado en el Spyro, describía lo qué había comido en la lonchería, seguramente salivabas por las trenzas de azúcar, se quejaba de la tarea que tenía que hacer. Las veo riéndose y tú sintiéndote acompañada desde esa distancia generosa que daba la impresión de tenerla sentada en la cama contigo. Tuvieron que mudarla de recámara, tan acostumbradas que estaban a platicar por las noches hasta que una o la otra caía dormida. Tu padre tan grandote, cuando llegaba por las noches llenaba con su silueta aquel boquete de la puerta y te daba felicidad verlo, como si vieras la certeza de que estando ellos nada podía suceder. (Eso le pasa a Nick Adams en un cuento de Hemingway, que aún no has leído, Mónica niña).

Pero desde donde te miro, mis circunstancias son muy diferentes. Me cuido sola. Pero vieras que haberme podido asomar a la niña que, más que llevarla dentro estoy viendo ahí en esa otra dimensión del tiempo que fui yo, me da la fortaleza para saber que se puede sortear el tiempo de espera, la incertidumbre, la adversidad. Así mirándote recupero el cuidado que me prodigaron mis padres. Y eso basta. Me regocija y entonces veo, como tú, el color de las flores en el balcón.

Escoger

Cuando se es una niña y muy poco se puede gobernar, cuando hay un padre que ya se ha ido de avanzada y una madre con un racimo de hijos colgando de las manos a los que no se puede alimentar bien, protegerlos del frío, a los que hay que mentirles y decirles que esa guerra insensata se terminará, es extraño escuchar que hay que elegir un sólo juguete.

La niña se queda mirando lo que queda de su recámara, porque se han ido a vivir con los tíos apeñuscados en el barrio de Malasaña, pero ya vienen otros primos de la sierra de Navarra, y la tía tiene algo de demencia. Está muy enojada porque han llegado tres niños a vivir a su casa que sólo está hecha para adultos como su marido y su hermano. Debe estar enojada porque la guerra ya llegó a Madrid, porque se escuchan las sirenas de los bombardeos, porque ya no se puede salir de paseo como antes, y no sabe con quién enojarse. Entonces, el problema son los niños. Y para la madre de los niños ella resulta una amenaza. El marido se ha ido a Méjico y no manda dinero. Es preciso que envíe los billetes de barco para poder salir, así que es el momento en que le dice a sus pequeños que elijan una sola cosa. Se pueden llevar un sólo juguete.

Y mi madre desde sus cinco años recorre la repisa donde está el juego de té de porcelana con tazas menuditas, una camita de latón con una colcha deshilada que hizo su madre, el juego de mesas y sillas hecho en la fábrica de lámparas de su tío, que con el metal sobrante ha construido aquel comedor en miniatura. También está el pandero con una gitana y ese bolsito de mano con el

tubo de labios viejo de su madre para cuándo juega a ser grande y hasta se pone los tacones y se tropieza con ellos. Tal vez escoger un sólo juguete es ser grande, y no sabe serlo porque no se decide. La única que tiene ojos ahí es Farina. Y entonces se miran. A esa muñeca de trapo de piel parda y pelo hirsuto no la puede dejar. Casi oye su voz cuando se la arrima el pecho y la abraza. “Nos vamos de Madrid”. Mira con nostalgia el juego del comedor, y la camita donde a veces se acuesta Farina, y ve a sus hermanos intentando elegir entre sus pocos juguetes lo que puedan llevar en las manos porque la madre llevará una sola maleta para todos. Sola y con tres niños no le es posible intentar algo más. Saldrán a Valencia a donde ha prometido su marido que llegarán los billetes de barco. Y eso le hace ilusión a la madre que tiene que elegir entre sus hermanos y el marido. La guerra no le ha dejado ninguna opción. Ya dejó de decir regresa, esta es nuestra casa. La casa está en flamas, la Cibeles cubierta de piedras, el cielo azul de Madrid está roto. La guerra ha decidido por ella. Se va con sus tres criaturas y cada una con su juguete. Ella alcanza a tomar alguna cosa que la ate a la ciudad donde nació, donde nacieron sus padres, donde nacieron sus hijos y toma esa muñeca de porcelana y tela que fue de su madre. La coloca en la maleta entre los abrigos para el invierno y algo de ropa de verano.

En el viaje incierto en barco, pero con la promesa de reunirse pronto con el padre en México, mi madre se aferraba a su muñeca Farina: la única afrodescendiente que conocía hasta que divisó varios en el momento en que atracaron en Cuba. Mi abuela quiso llevarse la muñeca de su propia madre cuando niña, meter Madrid en la maleta: algunos monogramas en toallas de lino, lienzos con las lecciones de costura y de bordado de su madre y las de ella, quizás porque no pesaban mucho, y se podían doblar y porque en el tiempo dedicado a aquel abecedario rojo sobre blanco, o a los deshilados como renglones de cuaderno, estaba el cielo de Madrid, las tardes en el balcón

con el calor del verano y las chufas parata taimarlo. Estaba su tiempo en la ciudad de su corazón.

Dentro de lo poco que se puede elegir en un exilio cuando la guerra aprieta, estaba en la maleta ese pedazo de Madrid, de familia. Todo ello se acomodó tiempo después en el baúl de la casa de nuestra familia, por el que mi madre nos podía contar aquella historia de Farina, deshecha en el tiempo, y de Manolita que aún se conservaba con su cara de porcelana. Tiempo después lavó el traje goyesco de la muñeca de la bisabuela y almidonó sus faldas para regalármela, que me siguiera contando una historia de trasterrados.

A fin de cuentas

No se había vivido un tiempo anterior donde los números importaran tanto en las vidas de todos. Ahora la cucharada diaria de Mary Poppins no es dulce ni hace pasar mejor las realidades amargas, es una cucharada de cifras. No sólo sabe feo, está cargada de la amenaza de muerte, del territorio minado que es allá afuera, de lo enemigo que se han vuelto los que respiran, hablan, ríen y tosen a nuestro alrededor. El inglés Ian McEwan subrayó cómo se han metido en nuestro vocabulario términos técnicos que no sabíamos que existían como *aplanar la curva*, *inmunidad de rebaño*. Nuestro espectáculo diario es el despliegue visual, la coreografía siniestra de barras y curvas donde nos aferramos a la orilla del asiento como cuando subíamos en el carrito de la montaña rusa (por cierto, también letal en la Feria de Chapultepec este año) esperando la cúspide que nos llevará al descenso; a suspirar con un alivio macabro que hay menos muertos por día.

A fin y al cabo, hacemos cuentas todos los días, al anocheecer, al amanecer, decimos números y porcentajes como si nos hubiéramos especializado en estadística, y registramos el transcurso de los días con un inusual tesón contable. Aquí no hay cuentas regresivas que son las de la esperanza, aquí hay números para desayunar, números para cenar y para marearse. ¿Por qué el gobierno no dedica, acabada la emergencia sanitaria, esa misma saña informativa para compartir el arte y la ciencia, para que nos volvamos espectadores agradecidos de las hazañas de lo humano, en lugar de poner a debate, por ejemplo, si se apoya el cine

mexicano, entre otras cosas? Deberían replantearse el exceso comunicativo al que ahora estamos sometidos porque entre mañaneras y crepusculares ya no sabemos si sólo somos un paréntesis: un país de descalabrados sostenidos por palabras.

Y entre cifra y cifra, insomnio y menús, desinfectadas, videoconferencias, clases en línea, chats, minutos de ejercicio, libros, listas, llamadas que no hacíamos, cancelaciones e intenciones de sobrevivir aprovechando (no todos, lo sé) el silencio, los no trasladados, que el tiempo está de nuestro lado, los que nos dedicamos a ello, queremos escribir. Arrojarnos a la novela con esa concentración que siempre le estamos reclamando a la vida, o a inflar las ideas de cuentos que esperan latentes bajo las tapas de un cuaderno. Ni siquiera tenemos que preocuparnos del arreglo, del pelo pintado, de estar en pants todo el día (es mentira porque nos ven por Zoom y entonces hacemos el esfuerzo); pero podemos declararnos ausentes, de hecho, el trajín cotidiano ya nos puso en modo virtual. Podríamos escabullirnos de casi todo y meternos al mundo narrativo con un trote largo, desparramado, como si el mundo se hubiera detenido y el único que funcionara fuese ese, el de nuestra imaginación, el de las posibilidades de las palabras.

Pero sucede que no, que entre la numeralia y las curvas, la cuenta progresiva y la lejana normalidad que conocíamos, no nos podemos abandonar a las palabras como si nos abstrajésemos del mundo, en un acto de libertad y rebeldía. Es que no somos libres y rebeldes en este momento. Vivimos encarcelados por los números con que el mundo se nos cuenta ahora. Por la conciencia de que pertenecemos a uno de las cifras: sospechosos, contagiados, confinados, inmunes o muertos, con suerte sobrevivientes. Una sensación de ruleta rusa paraliza el juego con la vida y escribo apenas unas líneas como cuerda de salvación.

El after del covid

El covid es como los embarazos (o los sismos después de vivirlos), si tuviste hablas de él. Cada quien tiene su historia y vivió para contarla. Seguramente es más fácil hablar de una enfermedad de potencia letal a medida que se atenua la probabilidad de terminar en un hospital y la incertidumbre del final. Al asunto de ¿cómo te fue?, ¿qué tan duro te pegó?, ¿te bajó el oxígeno?, ¿qué fue lo peor que te pasó?, se suma una nueva pregunta: ¿te han quedado secuelas? Este nuevo virus va a dejando testimonio conforme la humanidad lo experimenta así que todo resulta un registro vivo. Y tal vez porque sobrevivimos sentimos la urgencia de transmitir la información.

Para mí, el peor momento del covid, haciendo a un lado un cansancio aplanador y la sombra continua del miedo, fue el momento en que puse una pieza de salmón ahumado en un pan y, al morderlo, sólo percibí la textura: un trapo frío en la boca. Lo acerqué a la nariz para saber qué estaba pasando y no pude descifrar nada. Tiré el sándwich y el paquete entero. El olfato guía a los animales para reconocer dónde está el alimento; el viento es el gran aliado de los depredadores, el soplón que delata la presa. Pero también los malos olores advierten del peligro, de lo que no se debe consumir. Son defensas como en la gobernadora, planta desértica que se expande a sus anchas, cuyo olor disuade el ramoneo de los animales. Su triunfo expansivo es producto de su hedor. Entonces recordé que se podía perder el olfato y hasta el gusto con el SARS-COV-2. Aspiré el bote del café. Era tan tenue el aroma y se alejaba..., corrí ansiosa piso arriba y atomicé

perfume sobre mi mano: sólo el alcohol llenó el espacio. Había perdido el olfato. El desconcierto se parece al de los animales cuando hay un eclipse de sol, una oscuridad fuera de programa que los alerta. El olfato, tan dado por hecho, me desbrujulaba. No reconocería una fuga de gas, un alimento echado a perder, el olor a basura, el mal o buen olor de los otros. No sabría si utilizaba champú para lavarme el pelo o aderezo de ensalada (afortunadamente no se guardan juntos). Llevaba las manos a la cara después de lavarlas y me recibía un olor plástico. Tal vez era que la falta de olfato me asemejaba más a una muñeca, a un robot, que a mi materia de carne y hueso. Recuperado después de unos días, lo celebré con gran júbilo. Y le asigné un valor superior.

Curioso que ya pasados unos meses de recuperada, el olor a fritanga me sale al encuentro por aquí por allá: al subirme al auto, al entrar a una habitación, al llegar a mi casa. Me asomo por las ventanas para ver si alguien está friendo quesadillas. En un consultorio médico pensé que el doctor acababa de comerse una torta ahí mismo en el escritorio. Ahora sé que es una secuela del covid, se llama fantosmia. Una alucinación olfativa porque las células receptoras han sido dañadas. Tienen que reconfigurarse. En las pláticas del *after* de covid, otros me han contado que les pasa lo mismo pero con olores florales. Me da envidia su alucinación ajardinada. Mientras los científicos dilucidan el misterio de las distorsiones olfativas, entre conversación y conversación de las experiencias de otros, yo tengo tema para cuento.

Aprendizaje de la pandemia

Las jacarandas han vuelto a florecer, signo inequívoco en Ciudad de México de qué ha pasado un año. Que lo que creímos sería la primavera perdida del 2020 ha alcanzado otra escala y ya volvemos a aterrizar en la misma estación, pero otros. Hemos transitado del desconcierto y de un encierro más severo al comienzo de los contagios, por creerlo pasajero, a la rebeldía; hemos ido de lo pospuesto a la aceptación de modos de trabajo, de subsistencia y de convivencia. Hemos pasado del optimismo por la quietud, por un ritmo de vida que desconocíamos, de una ciudad silenciada a una desesperación anclada en la falta de horizonte y en la necesidad de compartir ciclos y momentos de vida.

Asumiendo que toda experiencia deriva en una serie de aprendizajes, me atrevo a enumerar algunos:

La introspección es interesante por un tiempo, después asfixia.

Convivir con otros o vivir en soledad tiene sus límites. El primero puede ir de la dulzura a la violencia, el segundo de la fuerza a la tristeza.

Estar encerrado puede hacernos adoptar una nueva forma de vida antisocial.

El sentido celebratorio de los ritos es un reclamo: nacimientos, cumpleaños, graduaciones, festejos.

Nuestros cercanos no sólo mueren de covid. Reunirse en esos momentos es un aullido de entraña, que puede resultar letal.

La tecnología ha sido nuestra gran aliada y nuestra fatiga. Si celebrábamos el acortamiento de distancias a través de herramientas como el Zoom, ahora nos zumba la tiranía restrictiva de la pantalla.

Cuando transitamos la ciudad muerta, llevamos el luto en el cubrebocas.

Envejecemos más rápido en pandemia.

Conocemos el verdadero color de nuestro pelo.

Una vida sin planes ni futuro es un asilo de ancianos.

Los amigos que hemos elegido ver son los que nos llevaríamos a cualquier isla.

Vivir en pandemia es un naufragio del cual nos salvan ciertas lecturas, películas, música, arte visual que nos insiste que hay algo más que las cuatro paredes.

Las películas filmadas hace más de un año nos producen extrañeza: la gente se reúne, baila, se abraza, van a conciertos masivos. Es como ver las películas de los años sesenta y setenta donde todos fuman en cualquier lado.

Leemos literatura para reconocer el poder de nuestra imaginación, el gozo estético del poder de la palabra, la ambigüedad de la condición humana y lo relativo de las verdades. Confirmamos que el mundo no es chato ni tiene una sola explicación.

Leer no “emancipa” (Marx Arriaga dixit) a las mujeres que pueden ser víctimas de un feminicida lector. Los feminicidios no se contienen en pandemia, sino todo lo contrario.

La cuatroté nos marea con un cuento de buenos y malos donde los que están en el poder son los superhéroes.

La vacunación de los mayores de sesenta en Ciudad de México ha mostrado una organización extraordinaria. Acostumbrados a la ineficiencia este logro nos deslumbra. Nos da un atisbo de esperanza luminosa, no sólo en cuanto al control de la pandemia si no a la manera posible de hacer las cosas. Por eso salimos bailando.

Los niños sin rebaladillas y columpios, sin parque, sin amigos, sin una educación que se ajuste al panorama virtual son la gran incógnita del tiempo por venir.

La ciudad está poblada de aves que desconocíamos.

Y lo más obvio:

No podemos vivir sin alguna forma del contacto (tacto) humano.

Esperamos un nuevo orden en las formas de vivir la ciudad, el trabajo y la compañía de los otros a partir del costoso aprendizaje.

Añada los suyos.

Nota

Muchos de los textos fueron previamente publicados en mi columna *Dorar la píldora* de *El Universal*. “Cuando fui náufrago” forma parte de *La lectura al centro (55 autobiografías lectoras)*. (Eduardo Cerdán compilador, UNAM, 2022). “Un clavado en cámara lenta (Reflexiones sobre la novela corta)” fue previamente publicado en *Una selva tan infinita IV. La Novela corta en México de 1923 a 2017*. (Gustavo Jiménez coordinador, Biblioteca Virtual, <https://www.lanovelacorta.com/una-selva-tan-infinita-4.html>).

Índice

Parte I. De la lectura a la escritura

Cuando fui náufrago	7
Escribir mentiras	11
La luz del desierto	13
Los retiros literarios	19
Gambusinos	21
Escritura y geografía	25
Imaginar	27
¿A usted le pasó esto?	31
Nombrar	33
Al mismo tiempo	35
Comienzos	39
¿Cuándo está lista una novela?	43
La caligrafía del bordado	45
Un clavado en cámara lenta	47
La palabra vale	53
La zafra y el texto	57
Describir la novela	61
La soledad	65
La destrucción de los libros	67
La sorpresa de los libros	69
Continuidad de las pieles	73
Del amor y sus lecturas	75
Las silenciadas	79
Razones para regalar un libro	81
De la historia a la ficción	85
Derretir el bronce	89
La literatura y la historia se encuentran	91
¿Qué es lo que de verdad ocurrió?	93
Escribir <i>Las rebeldes</i>	95

Parte II. El paso del tiempo	
Después de la madurez	107
La mudanza	111
La reina ha muerto	113
El comienzo del fin	117
El día que murió la música	119
De encierro a encierro	121
Escoger	123
A fin de cuentas	127
El <i>after</i> del covid	129
Aprendizaje de la pandemia	131
Nota	135



Nafragio entre palabras, de Mónica Lavín, se terminó de editar en julio de 2023, en Toluca, Estado de México. Para su formación se usó la familia tipográfica Matiz, de Juan Carlos Cué. Diagramación y formación: Renata Alejandra Martínez Lechuga. Diseño de portada: J. Daniel Pichardo Vargas. Cuidado de la edición: Adso E. Gutiérrez Espinoza, Grecia Yisel Millán Herrera y la autora. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.

Nafragio entre palabras es la alegoría de un destino, la revelación que llevó a una bióloga ecologista de profesión a emprender el camino de la literatura. En esta antología de 40 relatos que vieron la luz en diversos medios impresos a lo largo de los años, Mónica Lavín nos comparte su visión íntima de las letras, con frescura humanística, reflejo de su amor y compromiso con la vida. En una combinación equilibrada de momentos retrospectivos y temas sociopolíticos vigentes, Lavín —autora prolífica en los géneros de cuento, novela, ensayo y guion documental— nos ofrece valiosos consejos y reflexiones sobre el arte de la escritura. *Nafragio entre palabras* se añade a la significativa producción de esta autora, quien se ha ganado un sobresaliente lugar en el mundo de las letras hispanoamericanas.